



DECENARIO AL ESPÍRITU SANTO

escrito por Francisca Javiera del Valle

DEDICATORIA

A la Divina Esencia, Dios único, verdadero, dedico este pequeño DECENARIO, para honrar con él a las tres distintas Personas que en Ti existen y naturalmente tienen con el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo. Las tres Personas son Dios, sin que por ser las tres Dios, haya tres dioses; las tres sois el único y solo Dios a quien yo adoro, amo, alabo, glorifico, ensalzo y bendigo, sirvo, reverencio y rindo todos los homenajes que yo debo a mi Dios, Dueño y Señor, reconociendo en las tres distintas Personas el único Dios a quien sirvo, por ser las tres distintas Personas la sola Esencia Divina.

¡Oh mi único Dueño y Señor! Ante tu grandeza, parece justo que yo me atreviera a moverme, temblando de temor y de respeto; pero, cuando esto quiero hacer, siento que de lo más íntimo de mi alma se levanta un amor de hijo para con el más verdadero Padre y Padre el más cariñoso de todos los Padres, y esto, lejos de hacerme temer, me llena de una tan dilatada confianza en Vos, que no hallo cosa a que esta tan grande confianza yo pueda comparar.

Y sí, ¡Padre amantísimo!, como habla y pide un hijo, así yo os comunico a Vos, Padre dulcísimo y amabilísimo, la grande pena de mi corazón y el ardiente deseo que ya tantos años tiene mi alma, y mi pena es que no es conocida la tercera Persona a quien todos llamamos Espíritu Santo, y mi deseo es que le conozcan todos los hombres, pues es desconocido aun de aquellos que te sirven y te están consagrados. Envíale nuevamente al mundo, Padre amantísimo, que el mundo no lo conoce; envíale como Luz que ilumine las inteligencias de todos los hombres, y como fuego, y el mundo será todo renovado.

¡Ven, Santo y Divino Espíritu! ¡Ven como Luz, e ilumínanos a todos! ¡Ven como fuego y abrasa los corazones, para que todos ardan en amor divino! Ven, date a conocer a todos, para que todos conozcan al Dios único verdadero y le amen, pues es la única cosa que existe digna de ser amada. Ven, Santo y Divino

Espíritu, ven como Lengua y enséñanos a alabar a Dios incesantemente, ven como Nube y cúbrenos a todos con tu protección y amparo, ven como lluvia copiosa y apaga en todos el incendio de las pasiones, ven como suave rayo y como sol que nos caliente, para que se abran en nosotros aquellas virtudes que Tú mismo plantaste en el día en que fuimos regenerados en las aguas del bautismo.

Ven como agua vivificadora y apaga con ella la sed de placeres que tienen todos los corazones; ven como Maestro y enseña a todos tus enseñanzas divinas y no nos dejes hasta no haber salido de nuestra ignorancia y rudeza. Ven y no nos dejes hasta tener en posesión lo que quería darnos tu infinita bondad cuando anhelaba por nuestra existencia. Condúcenos a la posesión de Dios por amor en esta vida y a la que ha de durar por los siglos sin fin. Amén.

Divina esencia: recibe este DECENARIO que os dedico y que todo sea para provecho de las almas, fin glorioso; pues en ello tenéis Vos vuestra mayor honra y gloria, y porque sois Dios infinito en bondades, os pido, Señor, me deis el consuelo de verte amado de mí y de todas las criaturas, en el tiempo y en la eternidad, y que sea de todos conocido tu Santo y Divino Espíritu.

ADVERTENCIAS PARA HACER PROVECHOSAMENTE ESTE DECENARIO

Mi primera advertencia es, que al escribir este Decenario que dedico a la Divina Esencia, Dios, es mi intención escribirle, para dárselo como prueba de cariño, por lo mucho que aprecio y estimo a todas las almas que habiendo dejado el mundo, sólo anhelan, quieren y buscan, con grande deseo de su alma, el dar gusto y contento en todo a Dios y, cueste lo que cueste, quieren santificarse para asegurar con esto la posesión de Dios eternamente. Sólo para esta clase de personas escribo este Decenario.

Cuando he tratado, visto y hablado almas que aspiran a la santidad, y que desconocen el camino que a ella conduce con tanta seguridad, se me apena el corazón, y es grande por esto mi pena. Para ayudarlas a conseguir lo que desean con tan grande deseo de su alma, voy a decirlas lo que a mí me ha sido dado y enseñado por un sapientísimo Maestro, que es fuente y manantial de Sabiduría y Ciencia. Él ejerce su oficio de Maestro en el centro de nuestra alma y todas sus enseñanzas se encaminan a hacernos ver en qué consiste la santidad verdadera, y por qué caminos hay que ir para adquirirla y, una vez adquirida, no perderla.

Es grandemente consolador el asistir a esta escuela y por ver cómo se aprenden las lecciones, por torpe que uno sea, y cómo se siente uno allí lleno de vigor y fuerzas para emprender, aun lo más arduo y difícil, cueste lo que costare el conseguirlo, sin vacilar, por cosa alguna que salga a su encuentro. Todo se consigue, todo se adquiere con la ayuda y sutileza que tiene para enseñar este tan hábil Maestro; con qué claridad nos hace ver las astucias de nuestros enemigos y cómo nos enseña a vencerlas; en fin, entrad en esta escuela, que es la vida interior, donde se aprende el propio conocimiento y el conocimiento de Dios, y después, con la práctica propia, si os digo verdad, en todo lo que os he de decir en este Decenario.

La víspera de empezar este Decenario, que es la víspera de la Ascensión gloriosa de Nuestro Divino Redentor, os habéis de preparar, con resoluciones firmes, para emprender la vida interior, y emprendida esta vida, no abandonarla jamás. No pongáis vuestros ojos en lo que cuesta; ponedles en lo que vale; siempre ha sido así: el costar mucho lo que mucho vale. ¿Y qué es el trabajo que ponemos en el propio conocimiento, para lo que por ello se nos da?

¡Oh qué glorioso es el morir uno a sí mismo para no tener vida sino en Dios! ¿Quién podrá, ni imaginar siquiera, lo que es vivir en Dios y endiosados? Con palabras no se puede expresar; se gusta, se siente, se experimenta, se palpa, se posee, y no hay palabras para expresar lo que esto es. En fin, no pongamos nuestros ojos en los goces, que traen consigo el no querer nada sino a Dios. Para gozar, una eternidad nos está ya preparada; para padecer por Él, no tenemos más que la vida presente: pues aprovechémonos de ella y padezcamos por Cristo Jesús, nuestro Divino Redentor, cuanto podamos.

¡Oh cuánto tuvo que padecer y qué caro le costó el amarnos por sólo hacernos dichosos para toda una eternidad! Pues, cueste lo que costare a nuestra naturaleza, a santificar nuestra alma y a dar gusto a Dios en todo. Así sea.

ORACIONES QUE SE REZAN CADA DÍA

Acto de contrición

¡Oh Santo y Divino Espíritu!, bondad suma y caridad ardiente; que desde toda la eternidad deseabas anhelantemente el que existieran seres a quienes Tú pudieras comunicar tus felicidades y hermosuras, tus riquezas y tus glorias. Ya lograste con el poder infinito que como Dios tienes, el criar estos seres para Ti tan deseados. ¿Y cómo te han correspondido estas tus criaturas, a quienes tu infinita bondad tanto quiso engrandecer, ensalzar y enriquecer?

¡Oh único bien mío! Cuando por un momento abro mis oídos a escuchar a los mortales, al punto vuelvo a cerrarlos, para no oír los clamores que contra Ti lanzan tus criaturas: es un desahogo infernal que Satanás tiene contra Ti, y no es causa por lograr el que los hombres Te odien y blasfemen, y dejen de alabarte y bendecirte, para con ello impedir el que se logre el fin para que fuimos criados.

¡Oh bondad infinita!, que no nos necesitas para nada porque en Ti lo tienes todo: Tú eres la fuente y el manantial de toda dicha y ventura, de toda felicidad y grandeza, de toda riqueza y hermosura, de todo poder y gloria; y nosotros, tus criaturas, no somos ni podemos ser más de lo que Tú has querido hacernos; ni podemos tener más de lo que Tú quieras darnos.

Tú eres, por esencia, la suma grandeza, y nosotros, pobres criaturas, tenemos por esencia la misma nada. Si Tú, Dios nuestro, nos dejaras, al punto moriríamos, porque no podemos tener vida sino en Ti.

¡Oh grandeza suma!, y que siendo quien eres ¡nos ames tanto como nos amas y que seas correspondido con tanta ingratitud! ¡Oh quién me diera que de pena, de sentimiento y de dolor se me partiera el corazón en mil pedazos! ¡O que de un encendido amor que Te tuviera, exhalara mi corazón el último suspiro para que el amor que Te tuviera fuera la única causa de mi muerte!

Dame, Señor, este amor, que deseo tener y no tengo. Te pido por quien eres, Dios infinito en bondades. Dame también tu gracia y tu luz divina para con ella conocerte a Ti y conocerme a mí y conociéndome Te sirva y Te ame hasta el último instante de mi vida y continúe después amándote por los siglos sin fin. Amén.

Oración para todos los días

Señor mío, único Dios verdadero, que tienes toda la alabanza, honra y gloria que como Dios te mereces en tus Tres Divinas Personas; que ninguna de ellas tuvo principio ni existió una después que la otra, porque las Tres son la sola Esencia Divina: que las tiene propiamente en sí tu naturaleza y son las que a tu grandeza y señoría Te dan la honra, la gloria, el honor, la alabanza, que como Dios Te mereces, porque fuera de Ti no hay honra ni gloria digna de Ti.

¡Grandeza suma! Dime, ¿por qué permites que no sean conocidas igualmente de tus fieles las Tres Divinas Personas que en Ti existen? Es conocida la persona del Padre; es conocida la Persona del Hijo; sólo es desconocida la tercera Persona, que es el Espíritu Santo.

¡Oh Divina Esencia! Nos diste quien nos crió y redimió y lo hiciste sin tasa y sin medida. Danos con esta abundancia quien nos santifique y a Ti nos lleve. Danos tu Divino Espíritu que concluya la obra que empezó el Padre y continuó el Hijo. Pues el destinado por Ti para concluir y rematarla es tu Santo y Divino Espíritu.

Envíalo nuevamente al mundo, que el mundo no le conoce, y sin Él, bien sabes, mi Dios y mi todo, que no podemos lograr tu posesión; poseer por amar en esta vida y en posesión verdadera por toda la eternidad. Amén

Luego de estas dos oraciones se lee la CONSIDERACIÓN correspondiente al día y luego se reza la

Letanía al Espíritu Santo

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

De todo regalo y comodidad, líbranos, Espíritu Santo.

De querer buscar o desear algo que no seas tú, líbranos, Espíritu Santo.

De todo lo que te desagrade, líbranos, Espíritu Santo.

De todo pecado e imperfección y de todo mal, líbranos, Espíritu Santo.

Padre amantísimo, perdónanos.

Divino Verbo. ten misericordia de nosotros.

Santo y Divino Espíritu. No nos dejes hasta ponernos en la posesión de la Divina Esencia, Cielo de los cielos.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, envíanos el Divino Paráclito.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, llénanos de los dones de tu Espíritu.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, haz que crezcan en nosotros los frutos del Espíritu Santo.

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu Amor. Envía, Señor, tu Espíritu y serán creados y renovarás la Faz de la tierra.

Oremos: Oh Dios, que instruiste los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos según el mismo Espíritu, conocer las cosas rectas y gozar siempre de sus divinos consuelos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Se lee el Obsequio del día y se reza la oración final para todos los días.

Oración final

Santo y Divino Espíritu, que por Ti fuimos criados y sin otro fin que el de gozar por los siglos sin fin de la dicha de Dios y gozar de Él, con Él, de sus hermosuras y glorias.

¡Mira, Divino Espíritu, que habiendo sido llamado por Ti todo el género humano a gozar de esta dicha, es muy corto el número de los que viven con las disposiciones que Tú exiges para adquirirla! ¡Mira, Santidad suma! ¡Bondad y caridad infinita, que no es tanto por malicia como por ignorancia! ¡Mira que no te conocen! ¡Si te conocieran no lo harían! ¡Están tan oscurecidas hoy las inteligencias que no pueden conocer la verdad de tu existencia! ¡Ven, Santo y Divino Espíritu! Ven; desciende a la tierra e ilumina las inteligencias de todos los hombres. Yo te aseguro, Señor, que con la claridad y hermosura de tu luz, muchas inteligencias te han de conocer, servir y amar.

¡Señor, que a la claridad de tu luz y a la herida de tu amor nadie puede resistir ni vacilar! Recuerda, Señor, lo ocurrido en aquel hombre tan famoso de Damasco, al principio que estableciste tu Iglesia. ¡Mira cómo odiaba y perseguía de muerte a los primeros cristianos!

¡Recuerda, Señor, con qué furia salió con su caballo, a quien también puso furioso y precipitadamente corría en busca de los cristianos para pasar a cuchillo a cuantos hallaba!

¡Mira, Señor!, mira lo que fue; a pesar del intento que llevaba, lo iluminaste con tu luz su oscura y ciega inteligencia, lo heriste con la llama de tu amor y al punto Te conoce; le dices quién eres, Te sigue, Te ama y no has tenido, ni entre tus apóstoles, defensor más acérrimo de tu Persona, de tu honra, de tu gloria, de tu nombre, de tu Iglesia y de todo lo que a Ti, Dios nuestro, se refería.

Hizo por Ti cuanto pudo y dio la vida por Ti; mira, Señor, lo que vino a hacer por Ti apenas Te conoció el que, cuando no Te conocía, era de tus mayores perseguidores. ¡Señor, da y espera!

¡Mira, Señor, que no es fácil cosa el resistir a tu luz, ni a tu herida, cuando con amor hieres! Pues ven y si a la claridad de tu luz no logran las inteligencias el conocerte, ven como fuego que eres y prende en todos los corazones que existen hoy sobre la tierra.

¡Señor, yo Te juro por quien eres que si esto haces ninguno resistirá al ímpetu de tu amor! ¡Es verdad, Señor, que las piedras son como insensibles al fuego! ¡Pena grande, pero se derrite el bronce!

¡Mira, Señor, que las piedras son pocas, porque es muy pequeño el número de los que, después de conocerte, Te han abandonado! ¡La mayoría, que es inmensa, nunca Te han conocido!

Pon en todos estos corazones la llama divina de tu amor y verás cómo Te dicen lo que Te dijo aquel tu perseguidor de Damasco: “Señor, ¿qué quieres que haga?”

¡Oh Maestro divino! ¡Oh consolador único de los corazones que te aman! ¡Mira hoy a todos los que te sirven con la grande pena de no verte amado porque no eres conocido!

¡Ven a consolarlos, consolador divino!, que olvidados de sí, ni quieren, ni piden, ni claman, ni desean cosa alguna sino a Ti, y a Ti como luz y como fuego para que incendies la tierra de un confín a otro confín, para tener el consuelo en esta vida de verte conocido, amado, servido de todas tus criaturas, para que en todos se cumplan tus amorosos designios y todos los que ahora existimos en la tierra, y los que han de existir hasta el fin del mundo, todos te alabemos y bendigamos en tu divina presencia por los siglos sin fin.

Así sea.

PRIMER DÍA (Jueves de la VI Semana de Pascua)

Consideración

Veamos en este día cuánto debemos amar al Espíritu Santo las criaturas por ser Él como el motor de nuestra existencia y la causa de ser criadas para gozar eternamente de los mismos goces de Dios.

Sabemos por la fe que hay un solo Dios verdadero y que este Dios no tuvo principio ni tiene fin; y aunque es un solo Dios son Tres Personas distintas a quienes llamamos Padre, Hijo y Espíritu Santo y las Tres son un solo Dios, por ser las Tres la misma Esencia Divina. Esta Divina Esencia tiene en Sí diversos atributos; y como es un solo Dios, aunque hay en Él Tres Personas, las Tres gozan y tienen la misma sabiduría, la misma bondad, la misma caridad, la misma misericordia, el mismo poder y la misma justicia. Sin embargo, estas Tres Divinas Personas tienen, como repartidos entre Sí, estos divinos atributos.

El Padre tiene como propios y como cosa que a Él le pertenece, el poder y la justicia; el Hijo, la sabiduría y la misericordia, y el Espíritu Santo, que de los dos procede, la caridad y la bondad. Este Dios, tres veces Santo, es, por naturaleza, manantial de toda dicha y ventura, de toda felicidad y grandeza, de todo poder y gloria, por ser Él quien es único y sin principio, pues todo lo demás que no es Dios todo tuvo principio y todo cuanto tuvo principio todo es de Dios y depende su existencia de la voluntad de Dios.

Todo cuanto hay en los Cielos y en la tierra, todo..., todo... depende de su querer, y si Él quisiera, los Cielos y cuanto hay en ellos, la tierra y cuantos habitantes hay en ella, todo, en el instante mismo de quererlo Dios, todo desaparecería y se quedaría todo como en la nada, de donde Dios lo sacó; y mientras tanto, quedaba Él en la misma grandeza y señorío, en las mismas felicidades, dichas, venturas y glorias, con los mismos poderíos y hermosuras; porque fuera de Él, nada..., nada... de cuanto existe, Le puede aumentar a Dios ni un pequeño punto de su grandeza, de su hermosura, de su felicidad, de su dicha, de su poder, de su gloria; en fin, de todo lo que es; porque Él es la única cosa que es; las demás cosas que existen no somos nada. Pues, siendo quien es, y lo que es, y que fuera de Él no hay nada que Le pueda hacer feliz, vedle allá, en aquellas eternidades de su existencia, siempre..., siempre..., porque las eternidades dentro de Él estuvieron.... y vida de Él recibieron, pues Él fue quien las formó, pues en todas aquellas grandezas, felicidades, dichas, hermosuras, glorias y poderíos, sin que jamás ninguno se lo pueda arrebatar, porque nadie existe sino Él; Él es la vida, y el único que vive con propia vida, y por ser Él la vida, jamás puede morir; su naturaleza divina encierra y lleva dentro de Sí más felicidades, dichas, hermosuras, grandezas y glorias que gotas de agua encierran en sí todos los mares, ríos y fuentes; y esta naturaleza divina de Dios está siempre como el panal de miel, destilando de Sí lo que en Sí encierra, y como fuente siempre perenne, porque su manantial es infinito e inmenso, y de Sí despide raudales inmensos de todas las hermosuras que en Sí encierra aquella infinita bondad de Dios, que es atributo divino y que le tiene el Espíritu Santo como cosa que a Él le pertenece.

Vedle como si algo le faltara, porque no tiene a quien dar aquellas dichas y felicidades que de Sí despide aquella Divina Esencia, porque la bondad es, como su carácter natural, el ser comunicativo y hacer a cuantos pueda participantes de lo que Él tiene y posee; y, ¿a quién va Dios a dar y hacer participante de lo que Él tiene si nadie existe sino Él? Si las Tres distintas Personas que tiene en Sí esta Divina Esencia, las Tres son la misma cosa, el solo Dios, ¿pues cómo saciar este su deseo del Espíritu Santo?; ¿de qué medios

se valdrá para que este atributo divino se satisfaga? Ved lo que Él mismo nos enseña que hizo: con su atributo de bondad hizo fuerza a todos los demás atributos que hay en Dios, y todos unidos, como lo están siempre, por ser propiedad natural de la divina Esencia, todos hicieron fuerza a la voluntad y querer de Dios, para que con su poder crease seres que, sin ser dioses, puedan participar de sus grandezas, de sus hermosuras, de sus felicidades, dichas y glorias; en fin, de todo aquello que brota de Sí su Divina Esencia y lo disfruten mientras Dios sea lo que es, es decir, la única cosa que es y que no tiene fin, ni le puede tener jamás; la voluntad y querer de Dios aceptó lo que pedían sus atributos divinos, y ved aquí cómo el Espíritu Santo es como el motor de nuestra existencia y la causa de haber sido criados para tanta dicha y ventura.

¿Y cómo agradecer al Espíritu Santo este beneficio si no se le conoce? Yo por mí confieso que hasta que éste, mi inolvidable Maestro, no me enseñó esta verdad yo nunca supe tal cosa. ¿Cómo le iba a agradecer al Espíritu Santo este beneficio sin saberlo?; de aquí, Señor, la grande pena de mi corazón el que no eres conocido. ¿Y cómo vas a ser amado si no eres conocido? ¿Y quién Te conocerá, Señor, como Tú eres sí Tú mismo no Te das a conocer?

¡Oh Santo y Divino Espíritu! ¡Bondad suma y caridad inmensa, que siendo piélago inmenso de inmensas dichas y glorias, como si algo Te faltara, porque no tenías a nadie a quien comunicar y dar lo que Tú tienes! ¡Oh qué mal correspondemos a tan inmenso beneficio! ¡Qué poco apreciamos los inmensos bienes que Tú, ¡oh Santo y Divino Espíritu!, has querido darnos con tanta liberalidad y largueza, sin tasa y sin medida, metiéndonos en aquel piélago inmenso que en Ti existe, para que eternamente, con tu misma dicha, seamos eternamente dichosos; con tu misma felicidad, seamos eternamente felices; con tus hermosuras, hacernos eternamente amables a tus divinos ojos; con tu grandeza, hacernos grandes sobre todo lo bello y hermoso que en los Cielos existe y criaste sólo para nuestro placer y contento!

¡Oh quién me diera recorrer el mundo todo y hablar a los hombres de Ti para que supieran lo que Tú nos has proporcionado para toda la eternidad y empezaran a amarte, quererte y servirte ahora en esta presente vida! ¡Oh Maestro mío, mi todo, en todas las cosas! ¡Si cuando estén en posesión de Ti pudieran tener alguna pena, como en esta vida sucede, no tendrían otra alguna que la de no haberte conocido para a Ti sólo haberte amado!

Pues, ¡Bondad suma! Ven, sal a nuestro encuentro y hazte conocer de todos los hombres, para que en este destierro no caminemos sin tu compañía. Sé Tú, ¡oh Santo y Divino Espíritu!, la luz que nos alumbre por los desconocidos caminos que a Ti conducen, el hábil Maestro que destruya nuestra ignorancia y rudeza y nos enseñéis, como Madre cariñosa, a balbucear cuando estemos en la presencia del Señor, para que, enseñados por Vos en todo no nos hagamos indignos de gozar lo que tu infinita bondad nos tiene ya preparado y de ello y de Vos gocemos por los siglos sin fin. Amén.

Obsequio al Espíritu Santo

El obsequio que hemos de hacer hoy a este Santo y Divino Espíritu es el que con entera voluntad nos resolvamos a amar a Dios, sólo por ser quien es, no por lo que nos da ni por lo que nos ha prometido, no; y que este amor sea desinteresado de tal manera que no nos mueva el amarle ni la virtud que da, ni la gracia que aumenta, ni los dones que regala, ni los hermosos frutos que ofrece, ni las dulzuras y consuelos con que deleita; que no le amemos ni por la amistad y trato familiar que Él tiene con los que así Le buscan, ni por lo que

endiosa y transforma, ni por los desposorios que con el alma celebra, ni por las bodas que realiza; por nada, sino por Él mismo, que es el Cielo de los mismos cielos, única cosa que existe digna de ser amada.

¡Oh qué fino y delicado es el amor que tiene al que le ama con este amor desinteresado! Los cielos que crió para premio de los que Le habían de servir, le parecieron poco a este apasionado amante. Por eso se determinó que el premio que había de dar a los que con amor puro y desinteresado Le amen, fuese dárseles Él mismo en posesión por amor en esta vida, haciendo de los dos amores un solo amor, para que, con el mismo amor, se amen y en el mismo grado los dos se correspondan. ¡Oh hasta dónde llega su infinita bondad para con nosotros sus criaturas! ¡Hasta querer darnos su amor para que con él le amemos! Este amor le da el Espíritu Santo y este amor es con el que Dios quiere ser honrado.

Pidámosle a este Santo y Divino Espíritu y no cesemos de pedírselo hasta que le hayamos conseguido. Segunda resolución: entrar dentro de nosotros y con energía arranquemos de nuestro corazón todo afecto que hallemos, grande o pequeño a cosas o a criaturas, y decir con firme resolución: Señor, desde hoy, y en lo que se refiere a amar, voy a vivir como si Vos y yo solos viviéramos en el mundo, seguros de que el Espíritu Santo nos dará la gracia que necesitamos para llevar a cabo nuestras resoluciones hasta exhalar el último suspiro. Así sea.

SEGUNDO DÍA

(Viernes de la VI Semana de Pascua)

Consideración

Cuánto debemos al Espíritu Santo en el instante mismo en que Dios crió al hombre y cuánto por este beneficio debemos amar al Espíritu Santo. Complacida la Divina Esencia, Dios, por la fuerza que Le habían hecho sus atributos divinos, se recreó, digámoslo así, y como si formara consejo toda la Santísima Trinidad para tratar el modo de criar a los seres tan deseados por el atributo de su infinita bondad, las Tres Divinas Personas que la Divina Esencia tiene en Sí ofrecieron los atributos que cada uno tiene como propios para la creación del hombre.

Para la creación entera sin el hombre bastó el atributo de su poder; para la creación del hombre solo pusieron en ejecución todos sus atributos Divinos. Puestas ya como en conferencia las Tres Divinas Personas, para dar principio a la creación, esta Divina Esencia, Dios, echó como una ojeada a toda la creación, y la vio tal es, antes de haberla criado. Allí vio ya la rebelión del ángel y la seducción de éste al hombre. Entonces, las Tres Divinas Personas, de este Dios tres veces Santo, pusieron, en favor del hombre seducido, todos sus atributos. El Divino Verbo se ofreció entonces también a remediar el gran mal que esta seducción iba a causar en el hombre, haciéndole caer del estado dichoso en que le había de poner la infinita bondad del Espíritu Santo. Entonces también la sabiduría de Dios, que reside en el Divino Verbo, trazó y delineó los medios que había para reparar y remediar tan grandes males; y lo que trazó y definió los caminos que había para la reparación, para el castigo y para el ensalzamiento; de reparación, al Criador ofendido; de castigo, para el ángel rebelde y seductor; de ensalzamiento, para el hombre, porque quería la misericordia del Divino Verbo levantar al hombre de su caída, con inmensas ventajas.

Esta sabiduría infinita e inmensa, que todo lo abarca, no vio ni halló otro medio de reparación que el de que hubiera un Hombre Dios que reparara y para ello no había otro camino que el de hacerse Dios Hombre, y a esto se ofreció este Divino Verbo, el mismo que con su sabiduría inconmensurable trazaba y delineaba. Este ofrecimiento del Divino Verbo, segunda Persona de la Santísima Trinidad Augusta, le aceptó la Divina Esencia, Dios, y con su aceptación quedó decretado el que Dios se hiciera hombre, para que hubiera un Hombre Dios que reparar la falta que había de cometer la criatura contra su Criador. Y en esta reparación hallase el hombre el perdón y el ángel rebelde y seductor el mayor castigo que Dios halló con su infinita sabiduría, para castigar su soberbia y en ella dejarle humillado, confundido, deshonrado, abatido y derrotado para siempre. Porque Dios siempre pone remedio por donde viene el mal y castiga por donde se peca.

Aunque Dios vio todo esto antes de hacer la creación, no vaciló, ni desistió un instante de hacer la creación del ángel y la creación del hombre, tan deseada por el Espíritu Santo; porque la santidad de Dios, cuanto ve justo y bueno, todo lo ama y quiere, sin que jamás en ello vacile su voluntad.

Santo era lo que deseaba el atributo de su bondad que reside en el Espíritu Santo; y el carácter propio de la infinita bondad, que es, como ya dejó dicho, comunicativo, no deja de hacer bien aunque con ingratitud Le paguen; sin que Le mueva a ello ni el interés ni el aprecio, porque no hay cosa alguna digna de Dios, fuera de Sí mismo; sólo el hacer bien es lo que Le movió. Un rasgo de su bondad Le movió, y sólo esto, a criar ángeles y hombres y la creación entera que todos vemos y admiramos; y crió Cielo para los ángeles y Paraíso en la tierra para el hombre; y por otro rasgo de su infinita misericordia y caridad, se hace Dios Hombre para redimir al hombre y levantarle de su caída con inmensas ventajas, y esto sin interés alguno. Dios a nosotros no nos necesita para nada; somos nosotros los que para todo Le necesitamos a Él. Dios siempre haciendo bien, aunque con ingratitud le paguen, y siempre amando, aunque no sea correspondido.

Apenas vio este Santo y Divino Espíritu los caminos trazados por la sabiduría del Divino Verbo, se ofreció Él a herosear y enriquecer al ángel y al hombre, sin detenerse por el mal proceder, pues sabía lo mal que habían de usar de cuanto Él pensaba darles, y que de lo mismo que Él con tanta amabilidad les daba, ellos habían de usar para rebelarse contra Él, que era su dueño y Señor.

¡Oh bondad suma!, que viste antes de habernos criado el modo con que Te habían de corresponder estas criaturas a quienes de la nada ibas a sacar con tu poder infinito, y llenarlos de vida eterna, para que contigo vivieran, y de Ti eternamente gozaran, y no Te detuvo en tu deseo de hacernos felices, ni la rebelión contra Ti del ángel ni la desobediencia del hombre, ni la ingratitud, mofas, insultos y desprecios que Te habían de hacer lo restante del género humano.

Tú viste que era bueno el intento y proposición que tu infinita bondad Te hacía, que era hacer bien, y ante la caridad y bondad de tus atributos Divinos, que tanta gloria dan a la Divina Esencia y que tanto en hacer el bien se glorían, nada Te detuvo; aunque viste la conducta tan desagradable que iban a seguir estos seres a quienes Tú tanto querías enriquecer, nada Te detuvo. Al punto que el Poder del Padre los saca, y del barro los forma, Tú con tu soplo Divino llenas de vida, y de vida inmortal, el alma que les diste.

¡Oh acción de Dios, qué admirable eres y cuán digna es tu bondad y caridad de ser imitada de todos los que a Dios sirven y de aquellos que se precian de hacer cuanto bien pueden!

¡Oh almas consagradas al servicio del Señor! Mirad cómo nos enseña a hacer el bien este Divino Maestro, desinteresadamente, sin tener en cuenta para nada, el si es amigo o enemigo, el si es pariente o extraño, el si es agradecido o ingrato. Sea quien fuere, hacer el bien que podamos por amor de Aquel que todo lo crió para nosotros, aun antes de haber existido. Y sabiendo que íbamos a caer, antes de la caída puso el remedio para todos nuestros males y nos levantó de nuestra caída con inmensas ventajas. ¡Oh, esto sí que es bondad, misericordia y caridad consumada!

¡Ven, oh Santo y Divino Espíritu! ¡Ven! Enséñanos a practicar la caridad según Dios, para con ella poder agradar y glorificar aquella Divina Esencia. ¡Mira, Santo y Divino Espíritu! Que es muy triste hacer grandes caridades y muchos sacrificios, y por no saberlos hacer, ni a Vos os glorificamos con ello, ni a nosotros nos es de provecho alguno.

Porque Tú, Dios nuestro, no tienes complacencia en nuestras obras y sacrificios, cuando en ellos echas de menos la pureza de intención. Tú quieres que siempre, y en todo, obremos como hijos de tan Santo Padre, y las obras y sacrificios hechos sin la pureza de intención, ¿cómo los vas a recibir y cómo en ellas Te vas a gloriar, si por Ti no lo hacemos?

Si para recibir nuestras obras y sacrificios, ha de ir todo encaminado al solo fin de agradarte, y hacer sólo por tu amor, y que sirva todo de provecho a las almas, que es donde Tú pones tus ojos, y donde está tu mayor honra y tu mayor gloria, porque las obras hechas por tu amor Te son todas agradables, pero las que se hacen en provecho y salvación de las almas, éstas y sólo éstas son las que Tú dices que son de tu mayor honra y de tu mayor gloria. Este es el obrar que Tú nos pides, para que en el obrar seamos hijos de tan Santo Padre y discípulos de tal Maestro.

¡Oh y qué causas hay tan poderosas para que por este fin obremos siempre! ¿De quién somos? ¿A quién y por quién vamos seguramente encaminados? ¿A quién más que a Él debemos? ¿Quién como Él más nos ama? ¿Quién más solícito de nuestro bien temporal y eterno? ¿Quién como Él por nosotros se ha sacrificado? Pues sea de nosotros correspondido, y desde hoy más, hasta el respirar sea por su amor, y por darle gusto y contento en todo.

A salvar almas, a salvar almas, que esto es la mayor honra y gloria que podemos dar a Dios. ¡Santo y Divino Espíritu! Tus enseñanzas y el ejemplo que vemos en Ti es el que queremos seguir desde este día; para que, empezando a glorificar a Dios en esta vida, continuemos por los siglos sin fin. Así sea.

Obsequio al Espíritu Santo

La paz del alma, disposición necesaria para que el Espíritu Santo habite siempre en nosotros.

Es el Espíritu Santo muy amante del reposo y quietud; pero de ese reposo que siente el alma cuando no busca ni quiere otra cosa que a su Dios. Cuando el alma está habitualmente en este reposo y quietud y sin otro deseo de saber, si no es cuál sea la voluntad de Dios para al punto cumplirla, entonces el alma goza de una paz inalterable, y cuando esta paz tiene el alma, viene a ella el Espíritu Santo y hace allí como su morada, y dispone y gobierna y manda como aquel que está en su propia casa.

Él manda y ordena, y al punto es obedecido. Mas cuando nos inquietamos y turbamos y con la inquietud perdemos la paz del alma, este Santo y Divino Espíritu se contrista grandemente; no porque a Él le venga algún mal, sino porque nos viene a nosotros. El Espíritu Santo no habita en el alma donde la paz no esté

como de asiento; perdida la paz, no puede el Espíritu Santo habitar en nosotros, porque a la santidad de Dios la es como un imposible habitar donde no hay paz.

El alma sin paz está como inhabitada para oír la voz de Dios y seguir su llamamiento divino. Por esto el Espíritu Santo no habita donde no hay paz, porque este Divino Espíritu, que siempre está es aptitud de obrar, al ver al alma sin aptitud para ello, se retira, y contristado, calla. El Espíritu Santo quiere habitar en nuestra alma, con el único fin de dirigirnos, enseñarnos, corregirnos y ayudarnos, para que nosotros, con su dirección, enseñanza, corrección y ayuda, logremos hacer todas nuestras obras a la mayor honra y gloria de Dios. Y sin este Divino Espíritu, ¿cómo vamos nosotros solos a saber dar gusto y contento a Dios, si el que comunica este gusto y contento de Dios es el Espíritu Santo, por ser Él la acción de Dios en el alma? Y por esto bien Le podemos llamar al Espíritu Santo, con toda verdad, el Dios familiar a nosotros; pues si la paz no puede habitar en nosotros, resolvamos este día a que todo se pierda antes que perder la paz de nuestra alma, sumamente necesaria para lograr la habitual asistencia del Espíritu Santo, y con ella es seguro que poseeremos a Dios por amor en esta vida y en posesión verdadera por toda la eternidad. Amén.

TERCER DÍA

(Sábado de la VI Semana de Pascua)

Consideración

Veamos en este día cómo nos enseña nuestro Divino Redentor a hacer aprecio y estima del Espíritu Santo. Cuando el ángel miró al hombre y le vio tan inferior a él en naturaleza por una parte y por otra vio lo mucho que Dios le amaba, apenas el Señor hubo castigado al ángel por su soberbia, quitándole la gracia y la gloria, y castigándole a los infiernos, que creó entonces para sólo este fin, pues hasta aquel momento no le había creado, el Satanás dos veces satanás, apenas allí se vio, no pensó en otra cosa que en cómo había de hacer caer al hombre, sólo porque Dios le amaba.

Como Dios le dejó los dones de naturaleza que le había dado, quitándole solamente la gracia, la gloria y la hermosura y se los dejó para castigar con ellos su soberbia, él los empleó todos en ver los medios de quitar a Dios el placer, que él sabía tenía en el hombre; y toda su sabiduría y ciencia y todo su poder lo empleó en seducir a nuestra madre Eva, como parte más flaca. Consiguió el seducirla, haciéndola faltar a Dios en el único mandato que les había puesto; pero no logró el privar a Dios del contento que tenía en amar y ser amado del hombre.

En esto se engañó a sí mismo Satanás, porque creyó que seduciendo a los dos primeros seres, Adán y Eva, les iba Dios a castigar como a él, y con esto quedaba Dios privado del contento que tenía en amar y ser amado del hombre. Esto no le dio otro resultado a Satanás, que el tener una segunda derrota; Dios no castigó al hombre como Satanás quería; en esto fue Satanás humillado, porque el castigo que Dios puso a nuestros primeros padres fue temporal, y a Satanás se le dio eterno, por los siglos sin fin, mientras Dios sea Dios, que lo es para siempre..., para siempre.

Dios castigó a los ángeles para siempre... eternamente; porque su pecado fue por malicia; castigó temporalmente al hombre, porque el hombre no pecó por malicia, sino por seducción. ¡Oh cómo se ven

aquí las entrañas de misericordia que Dios tiene y lo que le cuesta castigarnos! ¡Cuán presto está a darnos el bien que no merecemos, y cuán tardo es para castigar el mal que hacemos! El gozar de lo que Él goza y en Sí mismo tiene, nos lo da sin tasa y sin medida; y esto, por pura bondad, sin mérito alguno nuestro; pero el castigar el mal que hacemos, lo hace siempre con tasa y con medida; porque aunque es horrible el infierno que crió, no encerró en él el castigo que el pecado se merece; además, vio toda la infidelidad del ángel y del hombre antes de haberlos creado, y, sin embargo, que lo ve, no determina entonces el lugar para castigarles; espera a que le cometan y entonces lo determina; y lo que era placer, dicha y contento temporal y eterno, antes de crearles, se lo prepara todo y llena la creación entera de bellezas, todas para el ángel y para el hombre.

Y después de tenerles preparadas todas las hermosuras de la creación les crea a ellos para que desde el primer instante de su existencia sean felices y dichosos. ¡Oh cómo eres Dios mío! ¡Cómo eres todo bondad, todo misericordia, todo caridad! Cuando Eva se dejó seducir, y ésta sedujo a Adán, y le sedujo sin malicia, y seducidos los dos, faltaron al único mandato que Dios les había puesto, apenas el Señor les habló, recordándoles con reprensión su falta, humillados, lloraron y confesaron su culpa. Entonces el Señor, nuestro Dios, volviéndose a Satanás, le dijo: “Yo les levantaré de su caída con inmensas ventajas”.

Aquella sabiduría de Dios que, como dejo dicho, reside en el Divino Verbo, cuando aquella Divina Esencia echó como una ojeada a toda la Creación, antes de haberla creado, vio el pequeño número de almas, que fieles le habían de servir y amar; y entonces esta sabiduría inmensa e infinita se dio trazas para que, llegados los tiempos, cuando las dos naturalezas unidas estuvieran, este pequeño número de almas fieles a su Dios quedasen congregadas, y desde entonces ya no fueran miradas por Dios como criaturas, sino como hijos de adopción. Llegados los tiempos decretados para redimir a toda la raza humana, el Divino Verbo se hace hombre y quedan las dos naturalezas unidas y existe en el mundo un Dios y Hombre al mismo tiempo, y vive entre los hombres treinta y tres años un hombre que es Dios.

Estos hombres entre quienes vivía este Hombre Dios, injustamente faltando a toda verdad y a toda justicia, Le condenan a muerte; sube al madero santo de la Cruz y apenas en él se ve crucificado, aquella alma bendita de aquel Hombre que estaba unida a la Divinidad del Verbo, empieza a negociar con Dios, su Padre, el modo como Él deseaba levantar al hombre de su caída. Y, ¡en qué circunstancias! ¡Coronado de espinas, hecho una llaga de los pies a la cabeza! ¡Las espaldas descarnadas! ¡Los huesos dislocados! ¡Traspasados sus pies y sus manos con gruesos clavos! Sin tener donde descansar ni siquiera dónde fijar su cabeza; y en este estado aquella alma bendita de aquel Hombre Dios no cesa un instante de pedir y de rogar a su Padre Le concediera lo que Él tanto para el hombre deseaba; esta alma bendita, que era como un volcán de caridad para el hombre, ardientemente deseaba que quedarán congregados todos los hombres en Él, y Él sería el cuerpo, alma y vida de estos hombres en Él congregados. Más, unida como estaba esta humanidad Santísima a la Divina del Verbo, esta Divinidad le comunica la verdad y sabiduría; y esta humanidad bendita, con aquella bondad y sabiduría que el Verbo le comunica, por estar inseparablemente unida, pide le sea dado para el hombre su Santo y Divino Espíritu, para que todos los a Él congregados vivan como un solo cuerpo y una sola alma, y esta nueva congregación sea dirigida y enseñada por el Espíritu Santo, y posesionado ya de esta congregación el Espíritu Santo, mire a todos los allí congregados, no como a criaturas suyas, sino como hijos de adopción, a quienes adopten la justicia de Dios sobreabundantemente reparada por el Dios hecho hombre, la misericordia del Divino Verbo, que unida está a la humanidad Santísima, y la caridad y bondad de este Santo y Divino Espíritu.

¡Oh humanidad santísima! ¿Quién sino Dios puede saber lo que Tú padecías durante las tres horas que pendiente estuviste en la Cruz? Tú, olvidado del estado tristísimo en que te habían puesto los hombres, sin tener en cuenta nada de cuanto padecías, sin cesar ni un momento de pedir e instar a vuestro Padre celestial que os conceda lo que Le pedís, para todo el género humano; a todos queréis congregarse y a todos queréis hacer un solo cuerpo y una sola alma. Y, ¿en qué ocasión? ¿Cuando todos están con sus insultos, mofas y escarnios causando un griterío tal, todo contra Ti! ¡Irritando con su modo de proceder la justicia de Dios! ¡Oh, y Tú, mi vida y mi todo! ¿Qué haces cuando presencias esto? ¿Las disculpas diciendo: “¡Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen!””, y sigues negociando la dicha eterna del hombre, y pides que se dilaten tus tormentos; pero que se Te dé para nosotros su Santo y Divino Espíritu; que nos enseñe, dirija y gobierne, porque sin el Espíritu Santo no puede el hombre ser elevado a la dignidad que Vos queréis elevarle.

¡Oh almas todas! ¡Mirad el tormento mayor que todo cuanto hasta aquí lleva padecido! ¡Mirad ahora la justicia de Dios, dando a Jesucristo lo que nosotros merecemos! Ardiendo en deseos de conseguir de su Padre Celestial lo que tanto desea conseguir para nosotros. El poder de Dios, su Padre, hace que quede oculta la divinidad a la humanidad milagrosamente y queda la humanidad de Jesucristo desamparada de la Divinidad. Este terrible sufrimiento no le entenderán si no es los que han gustado de la unión con Dios, y estando a Él unidos los deja y desampara; y el tormento de Jesucristo y el de estas almas es menos comparable que la sombra con la realidad; y por un momento que esto las suceda, ven partírselas el corazón de sentimiento y dolor.

¿Qué sería este tormento a Jesucristo en la situación en que se hallaba, sufriendo tan terribles dolores, dilatándose lo que Él para nosotros tanto deseaba conseguir! ¡Y a continuación, aquel desamparo que es la pena y dolor para las almas más que el mismo infierno! ¡Oh! ¡Cómo estaría aquella alma benditísima de Jesucristo sintiendo este abandono! No ha dado un quejido en todo cuanto por Él ha pasado y ahora, ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿por qué me has desamparado? ¡Lo que mucho vale, mirad a Jesucristo cuánto Le cuesta! Es el don sobre todo don lo que desea alcanzar para nosotros; y antes de dárselo, Le cuesta un sufrimiento sobre todo sufrimiento. ¡Oh lo que costó a Jesucristo alcanzarnos de Dios su Santo y Divino Espíritu!

Él quería congregarnos a todos en Él, que es el establecimiento de la Santa Iglesia; y ésta no podía subsistir sin el Espíritu Santo; y Él dilata su vida, porque poder tenía, como Dios que era, hasta que consiguió de su Padre el Espíritu Santo para nosotros. Despacha el Eterno Padre su petición; establece su Iglesia y al punto habla y dice: “Todo está consumado”.

¡Almas consagradas al servicio del Señor! ¡Aprendamos de Jesucristo, nuestro Divino Redentor, a hacer aprecio y estima del Espíritu Santo!

¡Ven, Santo y Divino Espíritu! ¡Ven a satisfacer los ardientes deseos de aquel ser humano que Tú formaste en las virginales entrañas de María Inmaculada!, que, aunque es hombre en el padecer, es Dios en el pedir y Dios en el desear; porque pide y desea lo que desea el Divino Verbo, a quien está unido. Desciende a nosotros como lo deseaba y pedía aquel Hombre Dios. Dirígenos y gobiéranos en todo, enséñanos a glorificarle, para que, empezando en esta vida, continuemos así por los siglos de los siglos sin fin. Así sea.

Obsequio al Espíritu Santo

La oración. Con ella, con qué gozo y alegría se vence uno a sí mismo en todo, por difícil que sea y por mucho que cueste el vencerse y mortificarse.

Mirad qué fácil le es al pajarillo el subirse a las altas enramadas y a los árboles frondosos y a dilatadas alturas con sólo dos alas que Dios le dio, y cómo cantan cuando luego de hacer su vuelo, se posan en el árbol, manifestando el placer y contento que les causa el volar. También el alma mortificada tiene lo que el pajarillo, alas para volar; y, como él, también se posa en el árbol, y allí, alegre, manifiesta su contento.

Mirad; poned vuestros ojos en esas almas que ni quieren, ni buscan, ni desean cosa alguna ni del cielo ni de la tierra, sino a su Dios, de quien están viviendo enamoradas. Hallaréis pocas, pero las hay y las ha de haber hasta que el mundo se acabe.

Miradlas; cuando van a hacer uso de la mortificación, echan mano de la oración y del amor que tienen puesto en su Dios. Como el pájaro, se remontan y suben a gran altura con sus dos alas. Con la oración y el amor que a Dios tienen, se elevan con estas dos alas sobre todo lo creado y hacen su vencimiento propio; y cuando acaban de hacerle, se posan en el monte Calvario, y allí, fijando su mirada, como si allí estuviera todavía el árbol de la Cruz y el dulce Jesús, Redentor Divino en ella, como castas palomas tienen sus arrullos con el amor de sus amores y con ellos manifiestan al amado de su alma que están dispuestas con grande alegría a usar de la mortificación y propio vencimiento, tan pronto como la ocasión se les presente. Y se las presenta continuamente, porque cuando en sí no hallan en qué mortificarse y vencerse, lo hacen las criaturas, permitido y dispuesto por Dios.

Y cuando no hay alguna criatura que las mortifique, se encarga entonces Dios; y Dios lo hace, como quien es, grande en todo, demostrando con esto Dios al alma que quiere ser suya, que la mortificación ha de ser continuada, como lo es el latir del corazón.

Animémonos a ello, ya que otra cosa no tenemos que dar a nuestro amable Jesús. ¡Oh qué deseo tenía de dar la vida por nosotros! Pues digámosle nosotros a Él: ¡Señor!, hambre y sed tengo de morir a mí mismo en todo, para no tener vida sino en Ti, para que, empezando en esta vida, continúe por los siglos sin fin. Así sea.

CUARTO DÍA

(Domingo de la Ascención del Señor ó VII de Pascua)

Consideración

La escuela del Espíritu Santo; dónde la tiene, cómo la ejerce y qué es lo que enseña. Con la práctica de estas sus enseñanzas se adquiere la verdadera santidad.

Este Divino Maestro pone su escuela en el interior de las almas que se lo piden y ardientemente desean tenerle por Maestro. Ejerce allí este oficio de Maestro sin ruido de palabras y enseña al alma a morir a sí mismo en todo, para no tener vida sino en Dios. Es muy consolador el modo de enseñar que tiene este hábil Maestro; y no quiere poner escuela en otra parte para enseñar los caminos que conducen a la verdadera santidad, que en el interior de nuestra alma; y se da tal arte... y maña... para enseñar..., es tan hábil y tan sabio, tan poderoso y sutil, que, sin saber uno cómo, siéntese al poco tiempo de estar con Él en esta escuela todo trocado.

Antes de entrar en esta escuela, rudo, sin capacidad, muy torpe para entender lo que oía predicar; y entrando en ella, con qué facilidad se aprende todo; parece como que transmiten a uno hasta en las entrañas la ciencia y la habilidad que el Maestro tiene. Su modo de enseñar no es con la palabra; rara vez habla, alguna vez a los principios; si se practica bien la lección que Él enseña suele hablar, pero muy poca cosa, para manifestarnos con esto su agrado; y esto ha de estar la práctica bien hecha, porque esta escuela todo es de practicar lo que enseñan, y si no lo practican, es cosa concluida; la escuela se cierra y no se abre.

Porque aunque la escuela se da en el centro del alma, no puede uno entrar allí si no le mete el Maestro, porque aunque él quiera entrar ni puede ni sabe. Lo único que puede hacer es quedarse dentro de sí, no salir fuera, sino ponerse a la puerta, y muy de corazón llorar y sentir su falta desinteresadamente. Porque el desinterés es como la piedra de toque de esta escuela, pues todo cuanto aquí enseñan, todo hay que practicarlo desinteresadamente, si no nuestras obras no tienen mérito ante nuestro Maestro.

A los principios calla, tolera y no castiga; porque como es tan caritativo, se compadece mucho, porque ve que no sabemos, y nunca pide ni exige lo que no podemos. Su modo de enseñar es por medio de una luz clara y hermosa que Él pone en el entendimiento. Cuando anda el alma muy solícita en el cumplimiento de la práctica de la verdad que le enseña, junto con la luz que dejo dicha, dan como una saeta a la voluntad, y la voluntad al recibirla se siente toda encendida en amor a su Dios y Señor, y bien sabe ella cuando esto recibe que no es adquirida, sino dada; y esto nadie se lo dice, pero el alma bien lo entiende y conoce que es así.

En esta escuela hasta en el respirar parece que se respira sabiduría y ciencia, y toda esta sabiduría y ciencia va encaminada al conocimiento de Dios y al conocimiento propio, donde está como el fundamento de todo lo que enseñan, y sin estar esto bien asentado en el alma, no da paso alguno; suspende toda lección, y hasta que esta verdad no echa como raíces en el alma, no pasa adelante con sus instrucciones.

De la penitencia nada nos dice. Sin duda, a mí me parece, que no nos instruye acerca de ella porque de suyo el alma se inclina a la penitencia mejor que a la mortificación; lo que sí se ve con una de esas luces que da al entendimiento es que la penitencia sola, sin la mortificación, llena de soberbia el corazón; y por eso, en esta escuela se aprende a hacer la penitencia con mucha discreción; y se ve con esta luz que da este Divino Espíritu, que Satanás anda muy solícito, inclinando a las almas a hacer grandes penitencias.

En los santos tiene un fin y en los imperfectos otro; y mientras a la penitencia les inclina, de la mortificación les retrae; en la mortificación no hay peligro, por continuada que sea. La penitencia sola no santifica; la mortificación continuada hace grandes santos; con la mortificación continuada se consigue el morir a sí mismo en todo y se adquiere el puro amor de Dios, sin el cual ni hay amistad con Dios ni unión con Él, y menos la transformación, que ésta todo lo hace el amor.

Con la mortificación continuada salimos de la propia esclavitud y nos hacemos señores de nosotros mismos. Con la mortificación continuada se llega a adquirir el primitivo estado en que fueron puestos nuestros primeros padres; y como premio a la mortificación continuada se da Dios al alma, como en posesión en esta vida, y en esta escuela esto es lo que se aprende, porque todas las lecciones a esto van encaminadas: a la continua mortificación.

Hay lección particular para el ayuno y nos enseña a no negar al cuerpo nada de cuanto necesita; pero a los apetitos nunca darles nada de lo que piden, quieren o desean, porque los apetitos nunca piden, quieren o desean por necesidad. Por necesidad el cuerpo es el que lo ha de pedir, y el cuerpo pide alimento y no pide más; pero los apetitos piden regalo y molicie, pues están siempre, como niños antojadizos, que no piden por necesidad, sino por antojo y capricho.

Por esto, a lo que más inclina este Maestro admirable es a la privación de todo lo que es regalo y el alma, como tiene siempre como entre los ojos la tragedia sucedida en el paraíso, voluntariamente se priva de la fruta, queriendo, si pudiera, desagraviar a Dios de la falta cometida por aquella triste madre, de cuya sangre estamos inficionados. Porque todo cuanto se hace con las lecciones que en esta escuela dan y las instrucciones que aquí se reciben, el alma vive siempre olvidada de sí y no tiene otro fin en todo cuanto hace que el de agrandar a Dios y lograr, si puede, el que Dios sea de todos amado.

De sí misma está olvidada, no piensa en adelantar en la virtud, ni en adquirir virtudes, ni en merecer gracia, ni en adquirir cielo, ni en santificarse. Para ella y para las demás ni quiere, ni pide, ni desea sino el amar, si posible fuera, como Dios se merece. Porque el amor desinteresado que enseña en esta escuela hemos de tener siempre a Dios; a desear esto nos lleva y nos exhorta este Maestro Divino. Él nos encamina a amar a Dios como Él nos ama. ¿Por qué nos ama Dios? Por nada, porque nada tenemos y nada Le podemos dar. Nos ama por amarnos, pues amémosle también nosotros sólo por amarle. Él nos quiere dar su dicha y bienaventuranza eterna; no tuvo otro fin al criarnos que criarnos para tanta dicha y ventura.

¡Oh Santo y Divino Espíritu! Mira que no atinamos a emprender los caminos que a Ti nos conducen. El amor desinteresado que debemos a Dios, dueño y Señor nuestro, no prende en nuestras almas; la mortificación continuada es un ejercicio desconocido y estos dos ejercicios nos son tan necesarios para ir a Ti. ¡Oh vida de nuestra vida y alma de nuestra alma!; como al pájaro le son necesarias las alas para volar, que fue el fin para el que fue criado. Así estamos nosotros, Santo y Divino Espíritu, sin alas para volar hacia Ti.

¡Ven, Santo y Divino Espíritu! Ven como Maestro y enséñanos desde este día el ejercicio de amor desinteresado; prende ese fuego de amor divino en nuestras almas y con él es cierto que el ejercicio de la mortificación le emprenderemos con gusto.

Ven, que viniendo Vos es cierto que todo está conseguido, que os amaremos como debemos y os daremos el consuelo que Vos tanto deseáis, que es el que gocemos con Vos por los siglos sin fin. Así sea.

Obsequio al Espíritu Santo

La mortificación

La mortificación para el que aspira a la santidad debe ser lo que la respiración para el cuerpo; si ésta falta, el cuerpo no puede tener vida; así nuestra alma, en lo que se refiere a la santidad que desea. Tanto tendré de santidad cuanto tenga de mortificación, porque la santidad es todo lo contrario de lo que muchos creen; muchos miran y aprecian por santos al que tiene éxtasis, arrobamientos, visiones, revelaciones, dulzuras, consuelos y otras mil y mil cosas que siente el alma en la vida espiritual. Nada de esto es necesario para llegar a una grande santidad.

La santidad se adquiere por la mortificación y en ella se perfecciona por la mortificación; a los muy mortificados suele Dios darles a gustar de estas cosas como para premiar su continuado trabajo. Porque la mortificación continuada es el purgatorio en vida a la naturaleza rebelde; ya sabe ella que para gozar nos criaron. Por eso nunca se logra el que se use de la mortificación y no cueste trabajo su uso. En otras cosas se adquiere como hábito y costumbre y esto hace que no cueste; pero tratándose de mortificarse y vencerse uno a sí mismo, para con ello agradar a Dios, esto siempre cuesta. Y por esto al continuado vencimiento en todo que el alma tiene, con el fin único de agradar a Dios, es el darle Dios estas cosas de dulzuras y consolaciones en premio.

Pero mirad, como os miráis en un espejo, en todos aquellos que han querido ser siempre fieles al Señor. Miradles cómo lloran y sienten y se avergüenzan cuando Dios les da a gustar estas cosas. Cómo se valen de la misma prueba de cariño que Dios les da para obligarle a que nada de esto les dé.

Pues animémonos nosotros a imitarles en esto y a mortificarnos sólo por dar gusto a Dios con ello y manifestarle con esto nuestro amor puro y desinteresado, para lograr con todo ello el amor a Dios en esta vida y continuar amándole por los siglos sin fin. Así sea.

QUINTO DÍA **(Lunes de la VII Semana de Pascua)**

Consideración

Instrucciones graves que nos da este sapientísimo Maestro; y digo graves, porque son tales que, cuando no las cumplimos, Él huye de entre nosotros y nos impiden el adquirir la unión con Dios.

Las instrucciones que hoy digo nos da este sabio, hábil, prudente, discreto, activo, dulce y cariñoso Maestro, que todos estos títulos merece, porque todo esto que de Él digo parece que al darnos estas lecciones todo nos lo quiere transmitir y grabar para que así como Él obra con nosotros obremos nosotros con nuestros prójimos en general, ya sean amigos nuestros ya no lo sean, o ya sean declarados enemigos; a todos quiere que tratemos igual, con la caridad que Él nos enseña.

Estas instrucciones no nos las da ni nos las hace ver y entender por medio de la luz que ya dejo dicho da al entendimiento; van directamente a la voluntad, pues allí las deja como impresas y grabadas en lo más íntimo de nuestra alma, con el fin de que jamás se nos puedan olvidar, y si nosotros queremos ser agradecidos a tantas manifestaciones de cariño y amor como nos da este nuestro inolvidable Maestro, debemos tener estas sus enseñanzas no como instrucciones, sino como mandatos. Así los debemos poner por obra y con toda la aceptación de nuestra voluntad.

Nos dice que hablemos y obremos siempre con sencillez y que a nuestro prójimo nunca le hablemos ni tratemos con doblez bajo ningún pretexto. La sencillez, dice, que es el carácter propio de los hijos de Dios y la doblez y fingimiento es propio de Satanás y sus secuaces y que esta semilla la puso Satanás en el corazón de la mujer y con ella la vanidad, cuando la sedujo a cometer el primer pecado; y dice que es tal el aborrecimiento que tiene Dios al que trata con doblez a su prójimo, que ninguno de éstos entrará a gozar de su descanso.

Nos exhorta también a que con propia voluntad nunca hagamos ningún acto, por pequeño que éste sea, y que debemos dar en nuestro corazón preferencia de aprecio y estima a todos aquellos que con sus contradicciones y privaciones nos ayuden a arrancar de nosotros la propia voluntad. Nos exhorta a que seamos exigentes con nosotros mismos, encaminando nuestra existencia a toda virtud y perfección y a tener mucha tolerancia con los demás; que tengamos siempre mucha prudencia y obremos con discreción y que andemos con mucho cuidado, porque Satanás, nuestro común enemigo, siempre anda entre nosotros sembrando cizaña para que nosotros cojamos la discordia, que es el fruto que da la semilla que él tira y nos enseña los modos y maneras que él tiene de disfrazarse.

Usa mucho el disfraz de falso celo, que es para las almas consagradas al servicio del Señor la careta con que se cubre y aparece enmascarado con apariencias de celo, porque, quitando la posesión y vista de Dios, lo demás todo lo conoció perfectamente; porque le dio el Espíritu Santo tan privilegiada inteligencia que con ella conoció toda virtud y perfección; pero no la quiso practicar y por eso sabe tan perfectamente el oficio de seducir y engañar con virtudes aparentes y fingidas, que es todo lo que él abarca aparentar y fingir. Pues rebelándose contra Dios, en esto vino a parar todo su saber y ciencia: a engañar, seducir, fingir y aparentar, y esto es ahora todo su saber y ciencia. Y toda esta su ciencia, sabiduría y poder los destruimos nosotros con sólo que sigamos la verdad y con esto sólo le dejamos avergonzado, humillado, confundido y en su misma soberbia más y más abatido.

Vuelve a insistir en que nunca con doblez hablemos ni tratemos a nuestro prójimo por lo desagradable que esto es a Dios; y nos prohíbe hablar, decir y manifestar de cualquier modo o manera que sea las debilidades, imperfecciones, faltas o pecados de nuestros prójimos, y dice que el modo de tratar nosotros las cosas que dejó dichas de nuestros prójimos es con Dios, para pedirle gracia y perdón para ellos.

Nos exhorta como a viva voz y con mucha energía, contra la envidia espiritual, que jamás nos dejemos seducir de Satanás a cometer este pecado y el que lo comete es ladrón declarado que roba a Dios la gloria y la honra que Dios se merece y que todos estamos obligados a darle. En contradicción a este pecado dilatemos nuestro gozo cuanto nos sea posible, siempre que veamos u oigamos hablar en alabanza de nuestro prójimo y jamás nos angustiemos con esos humillos de envidia con que los imperfectos oyen las alabanzas del prójimo o cuando los ven hacer algún acto de virtud, porque dice que el que tiene este pecado está como dominado por él y cuanto ve y oye del prójimo todo le da en rostro, como si le viera cometer graves pecados, porque la envidia espiritual, al que la tiene, le roe hasta las entrañas y la ruina espiritual del que esto tiene es segura. Y digo que a viva voz nos lo dice, porque hasta los sentidos parece que participan instrucción. Y nos enseña que cuando con falso celo nos veamos perseguidos, acusados y reprendidos, guardemos riguroso silencio y les abramos nuestro corazón lleno de amor y cariño, siempre que ellos nos busquen, sin darles la menor muestra de resentimiento. Porque, con todo, nos ayudan mucho a lograr más fácilmente la santificación de nuestras almas.

También nos exhorta mucho a que no tallemos ni pulamos a ninguno de nuestros prójimos, porque el que talla y pule a otro está muy lejos de la propia santificación. También nos exhorta mucho a que tengamos gran temor y desconfianza no de Dios, sino de nosotros mismos, cuando nos alaban y ensalzan, porque la alabanza, la honra y la gloria que os dan no la merecéis vosotros, sino Dios que es el que os ha dado todo cuanto tenéis, por lo que los hombres os alaban y ensalzan.

Además, Satanás, nuestro común enemigo, sabe que de los discípulos de esta escuela él poco saca, porque no tiene posibilidad para entrar en esta escuela, por una parte, y, por otra, aunque quiera andar por las afueras de ella escuchando, nada adelantará, porque allí no hay ruido alguno; allí todo pasa en quietud, reposo, silencio y todo en profunda reserva. Es la reserva que allí se usa y ejercita tal, que todo cuanto allí recibe el alma, todo en el centro del alma se queda guardado y como escondido, para que ni Satanás ni las criaturas puedan saber cosa alguna. Y se recibe, porque bien se sabe que es dada una como natural reserva de lo que la dan como si la pusieran un candado para hablar, que mientras Dios no se la quita, no puede decir cosa alguna de lo que entre Dios y el alma pasa. Pero hay cosas que entre Dios y el alma se quedan reservadas en el mismo Dios.

Una comparación: Me lleva el Rey a su palacio y me enseña las cosas que él tiene allí reservadas; de aquellas cosas me da muchas a mí; yo las guardo en mi casa también reservadamente y digo de lo que me enseñó sólo para que yo lo supiera, lo viera y gozara sin otro fin más que éste, digo que quedaron en el Rey reservadas. Satanás, que anda tan solícito por saber, no puede lograrlo ni halla medio de conseguirlo, y ¿qué hace entonces? Se vale de las criaturas, a ver si lo puede lograr, y movidas por él dicen alabanzas y ensalzamientos tales que las criaturas la suben hasta el tercer cielo como a San Pablo, con el fin de ver si la pueden caer en algún pensamiento vano o en alguna complacencia por donde él pudiera averiguar por dónde anda.

¡Oh Maestro inolvidable! ¿Qué son todos los sabios ante Ti? Da este tu saber a todas las almas que Te están consagradas para que con él se vean libres de todas las astucias de Satanás y consigan con seguridad tu posesión eterna. Amén.

Obsequio al Espíritu Santo

Amar a nuestros prójimos puramente por Dios y como Dios nos manda que amemos y como Él nos enseña.
Amar a nuestros prójimos por Dios es el estar atentos en todo a prestarles nuestros servicios, si en algo nos necesitan, sin poner nuestros ojos en ellos, con el fin de ver si es nuestro amigo o enemigo, si habla bien o mal de nosotros, si es agradecido o ingrato a nuestros favores; porque si lo hacemos puramente por Dios, Dios no se puede portar con nosotros mejor que se porta. El atributo de su bondad siempre está ejecutando sus bondades con nosotros y nosotros, ¡con cuántas imperfecciones hacemos las obras que pertenecen a su santo servicio!

Y esta infinita bondad no se retrae de darnos en abundancia su gracia, sus virtudes, sus dones y sus frutos; no aspira sino a enriquecernos y se goza y se gloria en vernos cargados de sus tesoros divinos, y cuando Él nos ve llenos de estas riquezas, como si se honra -¿qué digo como si se honra?- se honra de veras en ello. Y cuanto más nos da, más su infinita bondad quiere darnos. Pues resolvámonos a amar desde hoy a nuestros prójimos puramente por Dios y como Dios nos manda amarles y como Él enseña.

Hemos de manifestar el amor a nuestros prójimos para cumplir bien el mandato de Dios, no con los afectos de nuestro corazón, que éstos son para Dios sólo, sino con las obras, gozándonos, con toda nuestra alma y corazón, cuando vemos que los demás Le alaban, Le honran, y Le engrandecen, y no sacar nunca alguno de sus defectos, con lo que manifestamos lo aborrecible que nos es el que Le alaben y ensalcen.

Esta conducta nuestra contrista grandemente al Espíritu Santo y se da por ofendido. Y así como quiere que nos gocemos en sus alabanzas, así quiere que nos apenemos y de alma y corazón sintamos su deshonra y menosprecio. Resolvámonos desde hoy a observar esta conducta con nuestros prójimos y daremos con ello placer y contento a Dios, que tanto se goza en que demos frutos de vida eterna. Así sea.

SEXTO DÍA

(Martes de la VII Semana de Pascua)

Consideración

Camino por donde se adquiere la verdadera santidad: no es otro, ni le hay, que con más seguridad nos lleve y con que más pronto la santidad se consiga, que con el propio vencimiento y la propia mortificación; difícil cosa para nosotros, pero es muy fácil por la gran ayuda que tenemos en el Espíritu Santo.

¡Oh si todas las almas que aspiran a la santidad y que con delirio la desean, se convencieran de esta verdad; pronto, muy pronto, conseguirían lo que desean, porque es una pena, al menos a mí me la causa, ver tantas almas aspirar a la santidad y no hallan el medio de conseguir lo que desean! Ellas meditan y oran mental y vocalmente, ellas ayunan y hacen grandes penitencias, ellas visitan a los enfermos y socorren a los menesterosos, se compadecen de todo el que sufre, comulgan con fervor, oyen la Santa Misa con devoción, se confiesan con verdadero dolor de sus faltas, no digo de pecados, todos los que esto hacen, por la infinita misericordia de Dios no los cometen; no digo que estén libres de cometerlos, pero por la infinita misericordia de Dios no los comenten.

Y ¿cómo es que llevando esta vida no logran la santificación de sus almas? Es porque les falta poner por obra lo principal que hay que practicar para conseguir la santidad.

La santidad se adquiere muriendo uno a sí mismo en todo, y esta muerte se adquiere con la mortificación de las pasiones, de los sentidos y de los apetitos, esto en lo que toca al cuerpo; y en lo que toca al alma, haciendo porque muera la propia voluntad, el juicio propio y la vanidad y todos los apetitos del alma. Conseguido el vencimiento de todo esto, es cierto, ciertísimo, que llega esta alma a lograr la santificación. Difícil cosa de conseguir, ¿a qué negarlo? Si la miramos por la parte que toca a nosotros, ¡oh qué difícil es adquirir la santidad!; más si miramos a la parte que Dios tiene en la santificación de nuestras almas, ¡qué fácil cosa es alcanzarla! Mirad qué difícil cosa hubiera sido a cada uno de nosotros salir de nuestra niñez natural sólo por nosotros mismos; pues esto mismo, tan difícil de lograr en lo que toca a nosotros, nos ha sido cosa fácil de salir de ella a la sombra y amparo de una madre que Dios nos dio, que nos cuidó y nunca nos dejó de amparar, hasta que con sus cuidados y desvelos hemos logrado llegar a nuestro completo desarrollo.

Pues esto que hemos logrado en la vida natural con los desvelos de una madre, en la vida espiritual lo logramos con el esmero con que nos enseña, instruye, aconseja y gobierna y nos defiende de todos los asaltos de nuestros enemigos el Espíritu Santo. Sin Él ni tenemos nada ni podemos nada; con Él lo tenemos todo y lo podemos todo. Él nos da todo el armamento que necesitamos y nos enseña la más hermosa y bella instrucción, donde se aprende el manejo de las armas para, con el manejo de ellas, salgamos siempre vencedores, nunca vencidos, en los grandes combates que hemos de tener con nosotros mismos, los mayores; después, con los amigos y parientes, y toda esta presente vida con Satanás, nuestro

común enemigo, porque tan pronto como os resolváis a emprender el camino que conduce a la verdadera santidad, es Satanás el que se presenta a la pelea, no fía en sus satélites.

Antes de emprender este camino sí fía en ellos, y bien desempeñan el oficio de diablos; pero a los que van camino de la santidad no fía en ninguno, de todos desconfía; él por sí mismo pelea, aunque de nada le vale. Porque este Santo y Divino Espíritu nos hace entrar en un tan fuerte castillo y allí, retirados del mundo, desconocidos de los amigos y parientes, y hasta de nosotros mismos, luchamos y vencemos y no nos damos apenas cuenta de lo que allí hacemos, porque aquí el manejo de armas se hace con tal silencio, en tal reposo y quietud, que ni el mismo que lucha y vence se da cuenta que está luchando y venciendo; y hay luchas y derrotas brazo a brazo con Satanás, pero eso es más tarde.

Ahora, a los principios, a amaestrarnos dentro de este hermoso castillo, donde Satanás no sabe ni puede saber nada de nosotros, porque tan pronto como él entiende que una alma emprende el camino que conduce a la santidad, ya no la deja; la estudia detenidamente todas sus aspiraciones, sus inclinaciones, sus deseos, sus costumbres, sus amistades, hasta sus devociones, todo, todo, con el fin único de seducirnos, engañarnos, sin tener en ello otro fin que llevarnos a la hipocresía y fingimiento. Porque a las almas que van camino de la santidad no las excitan las pasiones; a los principios, sí; los apetitos son los que excita desde que uno empieza la vida interior hasta que venga la muerte; siempre tiene esperanzas de vencernos por aquí y engañarnos y seducirnos con lo más santo, con lo mejor que hay. Con la gracia, con las virtudes, con la misma santidad que deseamos; por aquí nos entra.

¡Oh, si no fuera por el Espíritu Santo pronto nos derrotaba y vencía! Pero este Santo y Divino Espíritu con sus enseñanzas, consejos e instrucciones, nos pone tan al corriente de todas sus solaperías y astucias, que cuando él viene a la lucha ya sabemos lo que busca, lo que pretende y todo cuanto él piensa hacer de nosotros. ¡Oh lo que es el Espíritu Santo para nosotros en lo que se refiere a lograr la santificación de nuestra alma! ¡Oh qué bien sabía Jesucristo la necesidad que todos y para todo habíamos de tener del Espíritu Santo! Por eso, cuando le seguían sus apóstoles y discípulos y les hablaba por medio de parábolas y ejemplos, con aquel trato familiar que con ellos tenía y no podía hacerles entender las cosas, ni había medio de hacerles salir de su ignorancia y rudeza, decía: ¡Oh qué deseo tengo de ser bautizado con un bautismo de sangre! Porque ardía su corazón en deseos de alcanzarnos cuanto antes el Espíritu Santo. Tenía como en reserva, guardado en su corazón, el pedir al Eterno Padre este don, sobre todo don, y esperaba a que estuviera pendiente en la Cruz para pedirle.

Porque la sabiduría del Divino Verbo era la que impulsaba a aquel corazón amante a desear para nosotros y la que gobernaba y dirigía a esta Humanidad Santísima; porque estas dos naturalezas, unidas como estaban, cuando hablaba Jesucristo, hablaba el Divino Verbo, sabía lo que pedía y cuándo y cómo lo había de pedir para alcanzarlo. Bien sabía el Divino Verbo, sabiduría infinita, que sin el Espíritu Santo de poco nos valiera que el Padre nos criara y que Él, habiéndose hecho hombre, nos redimiera; sin el Espíritu Santo no podíamos llegar a conseguir el fin para el que habíamos sido creados y redimidos, porque sin el Espíritu Santo no podemos conocer a Jesucristo, y menos amarlo.

Y así como no podemos ir a gozar de aquella Divina Esencia, si no es por Jesucristo, tampoco podemos ir a Jesucristo, si no es por el Espíritu Santo. ¡Oh qué deseo ardía en aquel Corazón Divino de Jesucristo de darnos el Espíritu Santo! Para convencer a los apóstoles y discípulos de la necesidad de dejarles, no halló

otra razón más poderosa que decirles: “Conviene que me vaya; porque mientras yo no suba a mi Padre no os ha de enviar al Espíritu Santo”.

¡Oh corazón Divino! ¡Cuánto sufriste los tres años de tu vida pública, viendo que desconocían los hombres de la tierra la verdad y no había medio de hacerles entender las cosas según verdad ni medio de hacerte entender ellos! ¡Oh lo que es el Espíritu Santo! ¡Oh y qué no hiciste para alcanzárnosle! ¿Y por cuánto hubiste de pasar hasta que lo conseguiste? ¡Oh Santo y Divino Espíritu! Con sobrada razón enamoras con tus enseñanzas e instrucciones a todos los discípulos de tu escuela para que todos amen con delirio a este Corazón Divino que nos amó treinta y tres años con amor sacrificado. Señal la más cierta del amor puro con que siempre nos amó. Tus exhortaciones siempre son a que amemos aquel Corazón herido por amor nuestro, que no busca ni quiere sino nuestro amor; y que, sediento, nada le refrigera sino el amor; nada pide, sino amor; no vive, si no ama, y muere por ser amado.

¡Oh Santo y Divino Espíritu! Aumenta el número de almas interiores que vengan a tu escuela y en ella aprendan a amar a este Corazón Divino que tanto nos ama. Y mirad que este Corazón que así nos ama es el corazón de un Dios que para nada nos necesita; somos nosotros los que Le necesitamos.

¡Oh almas interiores! Todas unidas hagámosle ramilletes de mirra escogida y presentémosles a este Corazón angustiado por la falta de amor que Le tienen los hombres, y digámosle que con amor sacrificado siempre Le hemos de amar, y que sólo anhelamos y pedimos el que nos sea su amor la única causa de nuestra muerte. Así sea.

Obsequio al Espíritu Santo

Poner por obra los medios de nuestra santificación.

El obsequio que hemos de hacer este día al Espíritu Santo es poner por obra y con resolución verdadera los medios de lograr nuestra Santificación. ¿Cuáles son? Ya lo sabemos: el propio vencimiento y la propia mortificación. Difícil de practicar; pero si os resolvéis a entrar de lleno en la vida interior, allí, en la escuela, donde tenemos por Maestro al Espíritu Santo, con Él, ¡oh qué fácil es todo!

Porque apenas nos ve cobardes, Él arenga al alma de una manera tal que el oírle es encenderse el alma en deseos de emprender aún lo más difícil y con ánimo varonil entra en batalla consigo mismo y con aquel valor con que lucha, negando a sus apetitos lo que piden, sale vencedor en todo. Y mirad el premio que le dan por haber luchado y vencido a todos sus apetitos y de todos ellos salir vencedor; dan a todos los que así luchan y vencen un premio regalado, no merecido; porque este premio, que es un don de Dios, jamás el alma podía ponerse en condiciones de merecerle. Pero es tal el contento que Le damos cuando así luchamos y vencemos, que por premio nos dan la grande ayuda para luchar y vencer y con ella queda siempre Satanás vencido y derrotado, y este premio que nos dan y este don que nos regalan es un modo de orar sin interrupción, que no impide tenerle, ni el sueño, ni el sueño, ni el recreo, ni el hablar con nuestros prójimos, ni el comer, ni el trabajar, sea cual fuere nuestra ocupación, con cosa alguna es interrumpida, y con ella se adquiere el trato familiar que Dios con el alma tiene.

Mirad si queda nuestro trabajo bien pagado con lo que nosotros jamás podemos merecer y tan gratuitamente nos lo dan. En esta escuela del Espíritu Santo se llama a esta oración el latir del corazón divino, por ser la ocupación continua de este corazón amante. Con ella glorificaba a Dios su Padre continuamente, empleando su oración en la salvación de todo el género humano. Pues trabajemos con

nosotros mismos hasta darnos completa derrota, para que nos sea regalado este don. Y una vez que nos le den, sea también el latir de nuestro corazón la salvación de toda la raza humana, y entre nuestro Dueño y Señor en amistad con nosotros y jamás la perdamos; y habiendo empezado en esta vida, dure por los siglos sin fin. Así sea.

SÉPTIMO DÍA (Miércoles de la VII Semana de Pascua)

Consideración

Enseñanzas e instrucciones que nos da este Divino Maestro acerca de lo que a Dios más Le agrada y a nosotros grandemente nos aprovecha.

No os quiero decir nada acerca de los inmensos consuelos y dulzuras que el alma y el cuerpo, sentidos y potencias, sienten en esta escuela dirigidos por un tan admirable Maestro como lo es el Espíritu Santo, porque el buscar a Dios por lo que da, o por lo dulce que es, es el medio de nunca gustar, ni sentir, las dulzuras y consuelos que se desean, y además es el gran estorbo y no pequeño impedimento para lograr la unión con Dios. Todo se alcanza, todo se tiene, porque todo nos lo dan cuando sólo a Dios buscamos por quién Él es, no por lo que da ni por lo que nos ha prometido, sino sólo por quien es.

A Dios hay que buscarle, servirle y amarle desinteresadamente; ni por ser virtuoso, ni por adquirir la santidad, ni por la gracia, ni por el Cielo, ni por la dicha de poseerle, sino sólo por amarle; y cuando nos ofrece gracias y dones, decirle que no, que no queremos más que amor para amarle, y si nos llega a decir pídemelo cuanto quieras, nada, nada le debemos pedir; sólo amor y más amor, para amarle y más amarle. Esto es lo más grande que podemos pedir y desear, por ser Él la única cosa digna de ser amada y apetecida, y convencidos de esta verdad, pasemos adelante, hablando de lo que a Dios más Le agrada y a nosotros grandemente nos aprovecha.

Es tan hábil para enseñar este sapientísimo Maestro, que es lo más admirable ver su modo de enseñar. Todo es dulzura, todo es cariño, todo bondad, todo prudencia, todo discreción. Ya dejo dicho que no usa palabras para enseñar, sino rara vez. Entonces suena la voz en la escuela, pero sin verle. Mas el que oye esta voz bien sabe que Él es, y se oye después que las lecciones recibidas las ha puesto en práctica todas con amor y desinteresadamente. Ya dejo dicho que las lecciones en esta escuela todas hay que ponerlas en práctica y si no se ponen es tiempo perdido y da su merecido castigo. Y el castigo que da es no abrirse la escuela hasta no haber puesto en práctica las lecciones recibidas y no practicadas. Y aunque se practique, el no haberlas practicado a su tiempo hay que llorarlos y sentirlos con el verdadero sentir, que también enseña, que es no sentirlos por el castigo o alguna otra mira, sino sentirlos muy de corazón sólo por haberle a Él faltado y por el disgusto que Le damos tan grande cuando con nuestro modo de proceder Le obligamos a que nos castigue.

Como nos ama tanto..., tanto, es tan grande su sentir cuando a castigarnos Le obligamos, que nos castiga, tanto por obligarle a que nos castigue como por lo que hicimos mal hecho, pues no puede dejar de castigarnos. Eso lo entendemos nosotros bien en esta escuela. Como es tan Santo y la santidad toda es justicia, si no castigara, no digo el pecado, sino la imperfección, no sería perfecto; y no ser perfecto en Dios sería una falta y en Él no cabe falta. Porque en lo infinito no cabe falta y Dios es infinito en todo. Y esto que

es así, no lo sabemos por las lecciones que allí nos dan; esto que ahora digo se aprende con su trato familiar que, como Maestro, tiene con nosotros.

Es cierto y os hablo con verdad; creedme, que no se le ve, pero se le siente, se le palpa, se le gusta, se le saborea, se siente uno lleno de Él; se experimenta la transformación del alma en Él, hecha por Él, porque esto el alma con cosa alguna no puede lograr, ni adquirir, si gratuitamente el Espíritu Santo no se lo da. Porque esta Persona Divina es como la acción de Dios, que desciende a nosotros para unirnos a Él y hacernos por amor como una sola cosa con Él. ¡Oh verdadera riqueza! ¡Tesoro escondido! ¡Oh! ¿Dónde estás? ¿Cómo te han de hallar los hombres? ¡Salen fuera de sí para buscarla y está este grande tesoro en el centro de nuestra alma! Aquí ha puesto Dios nuestro gozo, nuestra alegría, nuestro consuelo, nuestra paz, nuestra tranquilidad, el paraíso de la tierra, donde se goza y disfruta del Cielo anticipado.

El gozar de esta escuela es tan consolador, que todos los goces del mundo juntos no tienen semejanza. Mas queden suspendidos los goces por ahora. Sigamos el modo de enseñar de este tan admirable y sabio Maestro. Con esa luz clara y hermosa que trae consigo y que la pone en nuestro entendimiento y allí la deja, ve aquella verdad que pone en el alma este sapientísimo Maestro. No tiene más que hacer el entendimiento que mirar la verdad y la ve perfectamente con la claridad de la luz, que para este fin le han dado; y perfectamente la entiende sin trabajo alguno; la comunica el mismo entendimiento a la voluntad y ésta la ama, o la detesta y aborrece, según de lo que sea. Porque si la verdad dada ha sido acerca de Dios, la voluntad se lanza a amarla ciega y desinteresadamente; si es la verdad recibida de sí misma, la voluntad no se mueve a amar, sino a quitar, aborrecer y detestar. Porque todas estas verdades conocidas con la luz que dan al entendimiento, todas van encaminadas al conocimiento de Dios y al propio conocimiento; y como en Dios, todo cuanto ve y entiende, sabe que es digno de ser amado, la voluntad lo ama ciega y desinteresadamente. Y como en ella o en sí ve y entiende perfectamente que todo cuanto hay es digno de aborrecimiento y detestación, lo detesta y aborrece, con el firme propósito de trabajar cuanto pueda, hasta lograr arrancarlo de sí.

Con el arte que se da para enseñar este tan hábil Maestro, todo causa contento y gran placer. Y así como lo poco que se hace en bien de nuestra alma, cuando no se anda en esta escuela cuesta tanto, así, al contrario, cuando en ella se anda y en ella se persevera, cuanto más se hace, más se desea hacer. Cuando uno se convence de la necesidad que tenemos de dar muerte al amor propio, al juicio propio y a la voluntad propia, y se ponen en práctica las lecciones que da este Maestro Divino para poderlo pronto conseguir, no hay palabras para expresar la dicha que el alma siente. Porque esto de hacerse uno señor de sí, no se sabe qué cosa es hasta que se consigue.

A este señorío no hay cosa que le supere si no es la posesión de Dios en la bienaventuranza de la gloria. Es el paraíso en la tierra. En esta práctica y con estas muertes quedan rotas todas las cadenas de la propia esclavitud; y con este señorío es uno tan dichoso, que no hay acá en la tierra dicha que a ésta se pueda igualar; y a esta dicha la sigue otra eterna, la posesión de Dios por amor en esta vida, dicha tan grande, que por todos los martirios que hubiera que pasar, pasaría el alma y el cuerpo; porque esta dicha todo nuestro ser la siente, la gusta, y saborea el raudal de tan inmensas dulzuras. Y trae consigo el mismo goce la bienaventuranza de la gloria, porque se deja traslucir un no sé qué..., que no hay palabras para expresar lo que esto es. Es como un grabado o sello impreso que pone el amor de los amores en lo más íntimo de nuestra alma.

¡Oh vida mía! ¡Mi todo en todas las cosas! ¡Fortaleza mía! ¡Cómo preparas al alma con tu misma fortaleza! ¡Oh! ¿Cómo es que vive y no muere el que esto recibe, pues todo tiene fuerza sobrada para acabar con la vida natural? ¡Oh cómo hieres y sanas! ¡Cómo es para morir esta vida natural! Y ¿cómo es que no muere, pues tanto lo desea? ¡Oh Santo y Divino Espíritu! ¿Quién me diera el poder de poder hacer que todos emprendieran la vida interior del alma, para que fueras conocido y todos te desearan y buscaran, para que todos contigo, con tu ayuda, con tu gracia y tus bondades, lográramos la posesión de Dios por amor en esta vida, para con esto asegurar la bienaventuranza de la gloria, donde la seguridad es completa de no poderle perder y por los siglos sin fin amarle cuanto uno puede amar? ¡Oh Santo y Divino Espíritu! ¡Date a conocer a las almas que buscan, quieren y con delirio desean la santificación de sus almas! ¡Mira cuán gustosas han de venir a tu escuela y han de practicar con entera voluntad tus lecciones!, y tendrán el consuelo de tener a quien dar tus riquezas y tus glorias, el tiempo y por los siglos sin fin, como Tú lo deseas, Santo y Divino Espíritu. Así sea.

Obsequio al Espíritu Santo

Hacer firme propósito de no buscar cosa alguna que huela a consolación, sino hacerlo todo por sólo servirle y darle contento a Dios.

Es también un poco difícil el hacer las cosas y no buscar algún consuelillo en ellas; porque todo nuestro ser sabe que para gozar y sólo para gozar fuimos criados; pero, pobrecillos nuestros primeros padres, Adán y Eva, los engañó y sedujo Satanás.

Pero esto no lo sintamos, porque nos remedió el Señor nuestro Dios ante el mal con inmensas ventajas. Entrad en la vida interior y veréis qué comparación hay entre lo antes prometido y lo que ahora nos es dado. Mirad lo que quiere y desea que hagamos el Espíritu Santo. El que hace esto, da a Dios un grandísimo contento y a nosotros nos atrae grandes ventajas.

Mirad; poned vuestros ojos y corazón en no cometer faltas deliberadas o a sabiendas, como yo digo; y no dar a nadie, ni a persona, ni a cosa, algún afecto del corazón, por pequeño que él sea. Y después de hacer esto, os sentís en la oración con sequedad y vais a Misa con sequedad y comulgáis con sequedad y hacéis todo con sequedad, y los vencimientos que Dios os pide los hacéis costándoos mucho, pero si los hacéis, aunque sea llorando, por lo mucho que cuestan, no temáis. Al menos yo bien de ello he llorado, porque me quería vencer y no podía vencerme; pero, al fin, lo hacía. Siempre que os examinéis y no halléis faltas deliberadamente cometidas, no temáis; yo, si os viera y tratara, por esta sequedad os daba la enhorabuena; porque el hacer las cosas que pertenecen al servicio de Dios en sequedad, es señal inequívoca que a sólo Dios buscamos y que por puro amor a Él lo hacemos. Esto bien nos lo enseñan que es así en esta escuela divina, donde el Maestro es el mismo Dios.

¿Y quién mejor que Él sabe lo que le agrada y desagrada, lo que es mejor y lo que no es tan bueno, y lo que de suyo a nosotros nos aprovecha o daña? ¿Quién mejor que Él para saberlo? Cuando el consuelo nos mueve a hacer las cosas del servicio del Señor, creedme, no buscamos ni nos movemos a hacerlo por Dios: nos mueve a ello nuestro amor propio y lo hacemos buscándonos a nosotros. Pues a echar a un lado los goces; que para gozar, una eternidad de sólo goces nos está preparada; a padecer y más padecer por amor de Aquel que dio la vida por nosotros. Así sea.

OCTAVO DÍA (Jueves de la VII Semana de Pascua)

Consideración

La gran batalla que Satanás prepara para el alma, cuando la ve que persevera en su camino comenzado. Sufrimiento del alma en la batalla; el gran contento que damos a Dios con ella y lo que nos dan por haber peleado, no merecido, sino dado por el amor que nos tiene. Cuando el alma se resuelve a no querer nada si no es el seguir a su amado Redentor, y poniendo en Él fija su mirada con el único fin de hacer por Él, si pudiera, lo que ve que ha hecho y sufrido por ella su adorable Redentor, enfurecido Satanás, prepara una gran batalla y a ella trae todo su ejército infernal.

Pues, ¿qué quiere?, ¿qué busca?, ¿qué pretende conseguir de nosotros Satanás que trae consigo todos sus moradores? Según enseñanzas de nuestro inolvidable Maestro, se propone arrancar de nosotros las tres virtudes teologales. Pero donde va directamente a poner el blanco es en la fe, porque conseguida ésta, fácil cosa le es conseguir las otras dos; porque la fe es como el fundamento donde se levanta todo el edificio espiritual, que es lo que él quiere y desea y pretende destruir. Dios entonces calla; no le impide su intento, antes prepara los caminos para que sea más ruda la batalla.

Y también Dios tiene en ello sus fines porque el prepararle los caminos es para dejarle en la batalla confundido, burlado y derrotarlo con la más completa derrota, y salgamos nosotros vencedores de esta batalla y quedemos invencibles en lo por venir. Cuando Satanás ya se acerca a la pelea, lo primero que echamos de menos es la luz clara y hermosa que nos había Dios dado, para con ella conocer la verdad. La escuela se cierra; la memoria y la razón, por la fuerza del dolor y sentimiento que el alma tiene, parece que se ha perdido.

¡Pobre alma! Quiere buscar a su Dios, y no sabe. Le quiere llamar, y no puede articular palabra. Todo se le ha olvidado; con tan profunda pena, se siente sola, sin compañía ninguna. ¿A qué compararé yo este estado? Nada hallo, si no es a esas noches de verano, en que se levantan de repente esos nublados tan fuertes y horribles, que por su oscuridad tenebrosa nada se ve, sino relámpagos que asustan, truenos que dejan a uno temblando, aires huracanados, que recuerdan la justicia de Dios al fin del mundo, el granizo y piedra, que parece que todo lo va a destruir. No hallo cosa a qué poderlo comparar: sola, sin su Dios, siente venir a ella como un ejército furioso, que la gritan que está engañada, que no hay Dios, y la cercenan por todas partes, llenos de retórica que la dan conferencias, sin ella quererlo, pero no la dejan un punto, y con razonamientos tan fuertes y violentos, que a la fuerza la quieren hacer creer que no hay Dios, y con horribles bocachadas, que no hay el tal Dios a quien ella busca, y como con poder sobre las potencias para no poder ni discurrir ni creer otra cosa si no es aquello que a la fuerza y más que a la fuerza quieren hacer entender y creer a uno que nada más se crea lo que ellos dicen, y a ninguna otra cosa más se crea.

Allí está el alma toda oprimida con la más profunda pena, porque no sabe qué hizo para perder tan pronto a su Dios y la fe que en Él tenía; pues se ve entre tales consejeros por todos tan angustiada, que siente tienen su alma oprimida como uvas en el lagar; así, para no dejar en ella ni rastro alguno de fe. Aquí enferma el alma de tanta pena, viendo que perdió a su Dios, y Le perdió para siempre por haber perdido la fe. En esta tan inmensa y como infinita pena, allá a lo lejos y como una cosa que se soñó y que no se sabe que se ha soñado, se acuerda de la Iglesia y del amor que a ella debemos tener, y este recuerdo, como

cuando a uno le ha faltado el conocimiento, y al volverle, quiere hablar y habla como entrecortadas palabras, así el alma sin voz, y tartamudeando, como que atinó a decir: me uno a las creencias todas de mi madre la Iglesia y no quiero creer ninguna cosa más. Y sin poder decir más, ni hablar, ni entender, así pasé meses y meses hasta pasados dos años. Tenía dieciocho años cuando esto pasó por mí, y cuando tanto yo sufría y lloraba sin consuelo la pérdida de mi fe, he aquí que amaneció para mí el día claro y hermoso. Y así como yo, sin saber nada, en este estado vi que me metieron, también ahora vi y sentí que de él me sacaron. Y cuando yo tanto lloraba la pérdida de mi fe, me vi de ella hermosamente vestida. Tanto, que por todo pasaría antes que perder la fe; y si por un imposible, hasta la cabeza de la Iglesia dijera que no había Dios, yo le diría: existe Dios, y en testimonio de mi creencia, despedácneme, pues hambre y sed tengo de verle.

¡Oh, lo que es Dios! ¡Oh, sapientísimo Maestro mío! ¿Por dónde me llevaste, para darme lo que me diste? Me desnudaste de la fe que yo tenía, para vestirme de una fe que nadie me podrá arrancar. ¡Oh Maestro mío, Maestro mío! Como eres, ¿quién te conocerá si Tú mismo no te das a conocer? Admirable eres en tu modo de enseñar, y más admirable en tus enseñanzas; pero eres inmensamente más admirable, cuando al entrar en el combate y al empezar la batalla me dejas sola y Te ocultas y ocultándote me ayudas en la pelea, para que salga de allí con el más glorioso triunfo, dejando a Satanás vencido, humillado ante sus satélites y derrotado con humillante derrota. Y yo salí de allí con tal fe, que nunca mayor tuve; y bien puedo decir con verdad: Maestro mío, que habiéndome Vos vestido de una fe, porque pasada esta tan cruel batalla, por ser con Satanás la pelea, me han dado a gustar, tener y sentir, poseer y gozar cuanto creí; por eso digo, que habiendo echado en mi alma hondas raíces la fe, que nadie me la podría arrancar, y habiéndome Vos vestido de tan brillante fe, vivo sin fe; porque ahora tengo ya en posesión lo que creía y esperaba.

De la esperanza, ¿qué diré?, ¿que la tengo o que no la tengo? Diré, que ya tengo en posesión y en alto grado más de lo que yo esperaba. ¿Y de la caridad? ¡Oh, se dilató mi corazón para amar! Ardía en deseos de amar, me dieron amor por amar; y este amor que me han dado, tal hambre de amor me da, que me excita el deseo de amar a Dios cuanto debo, y no le puedo saciar.

¡Oh Maestro mío, mi todo en todas las cosas, y mi todo en cada una de ellas! Date a conocer, pues que los hombres no Te conocen; date a conocer siquiera del pequeño número de almas que Te están consagradas. ¡Mira que éstas viven en la paz, tranquilidad y reposo que Tú buscas, para poner en ellas tu nido. Mansa, pura, casta y sencilla paloma: déjalas sentir el amoroso arrullo de tus castos amores, y de Ti quedarán prendidas y enamoradas para siempre. Acuérdate, bondad suma, que el Criador nos dio un corazón para amar y ser amados, y no hallan sino amores falsos, fingidos y rastreros. Demuéstrales este tu amor, puro, casto, desinteresado, fuerte, dulce, afable, consolador, constante, duradero, que se dilata más y más cada día, que ni la muerte les separa, pues pasa a los confines de la eternidad, y allí por aquellas eternidades se dilata, y dilatado, ama por los siglos sin fin, mientras dure tu existencia que pasa y traspasa las eternidades, porque las eternidades Tú las formaste, todas salieron de Ti, vida que siempre viviste en dilatados amores, y con ellos amáis a todos cuantos quieren ser de Ti amados. ¡Haz que entiendan esta verdad, dulce bien mío! ¡Saca a las inteligencias de tanta ignorancia e ilumínalas con tu luz clara y hermosa, y que vean con ello lo infinito y dilatado que es tu amor; haz también que no quieran ni busquen, ni deseen otro amor que el tuyo, y correspondan a tu amor! ¡Cielo de los mismos cielos! Tenga yo el consuelo de verte conocido y amado de todas tus criaturas.

¡Oh! ¡Qué será verte por los siglos sin fin, dilatar las venideras eternidades, para los que Te han buscado, servido y amado, y dilatarlos en dilatados amores, los más puros y deleitables, como son los que brotan de la pureza y santidad de Dios, Divina Esencia, de las divinas perfecciones que en Él están encerradas, y de ellas gustar, sin que nadie nos lo pueda impedir, ni estorbar, ni disminuir; antes bien, aumentar! ¡Oh! ¿Qué será este vivir? ¡Señor, aquí me tienes! Ya sabes lo que te quiero decir, y dame por ello, el que se cumplan en tus criaturas tus designios amorosos en el tiempo para que continuemos por los siglos sin fin. Así sea.

Obsequio al Espíritu Santo

La confianza en Dios

El obsequio que hemos de hacer este día al Espíritu Santo, es no desconfiar jamás de Dios, ni entregarnos al desaliento; porque es el camino trazado por Satanás para llevar las almas a la desesperación. Nunca la deis entrada en vuestro corazón a la desconfianza y al desaliento; mirad a Judas en qué vino a parar por entregarse al desaliento. Y mirad a Pedro lo que fue por la confianza en Dios. ¿Por qué le llamó nuestro dulce Jesús a Judas, amigo, y a ninguno llamó con este nombre sino a él? Fue para alentarle a la confianza en Él. ¡Oh si Judas en aquel momento que el Señor le llamó amigo hubiese reconocido y llorado su pecado! ¿Creéis que Judas se hubiera desesperado y por lo tanto condenado? No.

Nuestro Maestro inolvidable, hablándonos de la grande falta que cometemos, cuando de Él desconfiamos, nos dice: que Judas, si hubiera ido a Jesucristo, confiando en Él que le perdonaría su pecado, no sólo le hubiese perdonado, sino que le hubiera tenido siempre como amigo y con obras le hubiera mostrado el título de amigo que le dio. Pero Jesucristo solo no pudo salvarle; porque Dios que nos crió sin nosotros, nos dice ese sapientísimo Maestro que no nos salvará sin nosotros. Y ésta es otra prueba más del amor que nos tiene, por habérselo así manifestado. Porque sabiendo Dios, como sabe, lo astuto que es Satanás y lo que trabaja para que de Dios desconfiemos y no acudamos a Él, así cuando pecamos y Le ofendemos, como cuando Le damos gusto y contento en todo, ¿qué es lo que quiere Dios que hagamos? Siempre ir a Él con la misma confianza.

Pues qué, ¿nos ama menos Dios que nos ama nuestra madre? Mirad: siempre nos mira Dios como niños; porque siempre en lo que a Él se refiere, como niños obramos. Cuántas veces en nuestra niñez nos advertía nuestra madre: mira, no hagas tal cosa, que te vas a hacer daño; mira que te pego si haces tal cual cosa. ¿La hacíamos? Y al pie de la letra nos sucedía lo que nuestra madre nos había dicho. Y ¿qué hacíamos? Pues gritar, y más gritar, llorar y decir: madre..., madre. Y si el daño que nos hicimos fue grave, ¡cuántos ayes dábamos a nuestra madre!, y no fiábamos ni de nosotros mismos, ni de nuestros amigos, ni de vecinos, ni de parientes, porque sabíamos que más que todos nos ama nuestra madre. Así en lo espiritual. Aunque nos pegue y nosotros lo sepamos, clamamos por nuestra Madre. Y nuestra Madre, ¿qué hace entonces? Ni aun nos castiga. Porque viendo el grave daño que tenemos, pone sus ojos en curarnos y nada más. Y con título amoroso nos demuestra lo mucho que nos ama y lo que siente nuestro daño.

Pues si Judas, en lugar de desconfiar y entregarse al desaliento, como tierno niño que llama a su madre, hubiera llamado y pedido el perdón a Dios, Dios con entrañas que tiene más amorosas que las de una madre, le da su gracia, le ayuda con ella al arrepentimiento y dolor y todo quedaba remediado; Dios satisfecho y Judas en la amistad y gracia de Dios otra vez. ¡Oh, cuánto se apenó Jesucristo por no haber Judas observado esta conducta! ¡Pues no Le apenamos también nosotros! ¡No nos entreguemos a la

desconfianza y desaliento! Llamémosle siempre que cometamos imperfecciones, faltas y aun pecados graves.

Que Él, con su gracia y con su ayuda, remedia todos nuestros males, y quedamos tan perfectamente curados, como si nada nos hubiera ocurrido. Y observando siempre esta conducta, seguros estamos de poseer a Dios por los siglos sin fin. Así sea.

NOVENO DÍA (Viernes de la VII Semana de Pascua)

Consideración

La última batalla que Satanás tiene con el alma, la más astuta que ha podido discurrir su saber y su malicia, pues lleva por fin en sus intentos el robar a Dios lo que es de Dios, y al alma llenarla de soberbia y con ella lograr el separarnos de Dios para siempre.

Viendo Satanás que con todo lo que él ha hecho para arrancar la fe del alma no ha podido lograr su intento, entra en sospecha si Dios habrá intervenido en la pelea; sospechoso de esto, se resuelve a no entrar ya él en lucha con nosotros directamente ni con ninguno de sus secuaces, sino hacer que lo hagan las gentes que nos tratan y hasta el mismo confesor, no diciendo éste nuestros pecados, porque en esto tiene que dejarse matar primero antes que decir ningún pecado; pero de lo que no es pecado puede decirlo sin faltar, y a esto es movido por Satanás. Y movidos por Satanás, he aquí que las gentes del mundo, sin fundamento y sin verdad, empiezan a decir: unos, que hacen grandes penitencias; otros, que tienen éxtasis, revelaciones, visiones, que son muy amados de Dios y favorecidos, y así otras mil cosas.

Y así como por medio de las campanas en un instante sabe todo el pueblo que hay quema y dónde la hay, así las criaturas, movidas por Satanás, hablan e inventan cosas que no hay. Todo movido por Satanás. Porque ¿qué le importa a él que no haya verdad en lo que dicen para lograr lo que él intenta con todo ello? La cosa es, que tales cosas levantaron y dijeron, que con todo ello le dio la gente por santo. Y así en adelante la gente le llama y le apellida. ¡Pobre alma! ¿Qué sería de ti si no fuera por lo que has visto y aprendido en esta escuela divina, donde te dan por espejo a Dios, y en Él te miras y no dejes de mirarte hasta que bien te conozcas?

¡Oh! ¿Qué sería de ti, pobre hijo de Adán, si no te hubieran hecho ver con aquella verdad con que ves y palpas las astucias de Satanás y todos los intentos que se propone? Y ¿cómo te hubieras ahora escapado de sus garras, con el saber y poder que tiene, pues todo se lo dejó Dios, y él lo emplea todo en seducirte y engañarte astuta y maliciosamente?

¡Bendita seas, Luz Divina! ¡Mil y mil veces seas bendita! Porque con tu claridad conocí a Dios, grandeza suma, santidad consumada, fuente y manantial de toda perfección, verdad inmutable, poder infinito, vida verdadera, por quien yo vivo y en quien tengo la vida segura; pues por Él no la he de perder, porque Él me dio la verdadera vida del alma que hoy tengo y vivo; si hay algo en mí que no es pecado, de Él es; y si hay algo que merezca alabanza, Él me lo ha dado; yo de Él lo he recibido; yo nada mío tengo, porque soy la misma nada. El barro fue mi principio y la tierra es la herencia de todo mi linaje. ¿Quién, si no es Dios, merece alabanza?

¡Oh! Anátoma sea el que pronuncie alabanzas, y no las encamine a Dios, que es la única cosa digna de ser alabada. ¡Oh, lo que somos cuando tu luz sobrenatural no ilumina nuestras inteligencias! Ladrones somos, pues te robamos la alabanza que Tú mereces y la damos a las pobres criaturas. Somos pobres ciegos, pues no vemos la verdad. Somos ignorantes, pues ignoramos dónde está la verdad y dónde tiene su principio. Somos unos necios, pues necedad y grande necedad es el creer que una criatura puede ser lo que la llaman y apellidan, cuando por sí sola ni un paso acertado y menos bien dado puede dar por el camino que a la santidad conduce. Somos insensatos, porque, ¿qué mayor insensatez se puede cometer, como la que nosotros cometemos, cuando vemos que la infinita bondad de Dios, viendo la pobreza de su criatura, la viste de sus virtudes y la adorna con sus dones, y la favorece cuando ve su miseria y ruindad, y en lugar de engrandecer y alabar la bondad de Dios que se lo da, alaban a la pobre criatura que lo ha recibido? ¿Habrá mayor insensatez que ésta? Tú, que alabas los ayunos y penitencias hasta tal punto, y que le llamas y apellidas santo. ¿Sabes tú si en lo que hace, obra con la pureza de intención que debe, o si da a Dios en ello lo que Él le pide o deja de hacerlo, y lo que no debe hacer, o haciéndose querer por lo que obra, por lo cual Dios grandemente se disgusta, y tú le llamas y apellidas santo? ¿Acaso Dios se paga con exterioridades, como nos pagamos nosotros? ¡Oh, que la verdadera santidad no la puso Dios tan fuera! La puso dentro y muy dentro, y allí quiere Dios que la busquemos, y allí sólo la veamos, y por lo que allí hay, juzguemos.

¡Y qué difícil es esto de conocer! Está allá en lo más íntimo del alma y del corazón; tan oculta y escondida a todos. Si no es Dios y nuestro entendimiento que allí se meta y vea lo que Dios aprueba y reprueba, ¿quién lo podrá saber? Si allí a nadie le es permitido entrar; ha dispuesto Dios, Sabiduría infinita e increada, que nadie pueda penetrar, si no es Dios y la misma alma, y allí sin ruido de palabras, los dos secretamente se hablen y se entiendan. Y esto que ha dispuesto Dios, al pie de la letra se cumple. Pues ¿cómo y por qué alaban sin saber? ¿Quién los mueve a ello? Nadie, sino Satanás. Porque como Satanás quiso privar a Dios del contento que tenía en amar y ser amado del hombre, ahora es el instrumento que Dios tiene más útil y más a propósito para labrar, tallar y pulir a todos los verdaderos santos.

¡Oh! ¡Cómo no escarmentará con las derrotas que ha llevado! Pero ¿cómo va a escarmentar, si la soberbia y la venganza y la envidia es como su vida? La rabia es mal que nunca se quita; muriendo se acaba. Y como él no pudo morir, siempre vive y vivirá en rabia y desesperación. Como tiene tanto poder y tanto saber, y es tan malicioso y vengativo, tan mentiroso y traidor, hasta está poseído que nos ha de engañar; si no es por un camino, por otro. Y aquel que tienen dominio sobre todos los poderes del infierno, calla, le deja que maniobre. Y cuando Satanás y todo su ejército tiene ya todo preparado, he aquí que el alma, con su Dios, derrota a Satanás y a todo su ejército dejándoles a todos burlados y confundidos.

Y sin Satanás saberlo, contribuye a que el alma, más y más enamorada de su Dios, Le ame, Dios más se complazca en el alma y más la ame, y salida de la pelea adquiera el alma, por su medio, un estado, al cual jamás hubiera acaso llegado y ahora en posesión lo tiene, pues se lo han dado como en regalo por la pelea, lucha y combate que con él ha tenido. ¡Oh qué modo tienes tan divino, Maestro mío inolvidable, de enseñar al alma, y por la propia experiencia hacerla ver y sentir las mismas cosas en tu sabiduría inmensa! ¡Dios inmutable en las batallas! Pues lo más grandioso, lo más hermoso, lo más consolador y bello es verte vencer sin luchar, derrotar sin destruir, sin ser visto, ni sentido, ni oído de tus contrarios. La paz, la tranquilidad, el reposo y la quietud son las armas que Tú enseñas a bien manejar, y con su manejo destruir a cuantos quieran pelear. Haz, Señor, que con estas armas luchemos siempre, para que quedemos vencedores de nosotros mismos, y triunfando de nosotros mismos, dejemos a Satanás para

siempre derrotado y confundido. Así sea.

Obsequio al Espíritu Santo

Hacer todas las cosas con verdad

El obsequio muy agradable al Espíritu Santo es hacer todas las cosas en verdad y con verdad, y según Le gusta a Dios que las hagamos. Y una de las cosas hechas y dichas en verdad y con verdad es que ni alabemos, ni vituperemos, ni deseemos, ni rechacemos cuando en todo ello no echemos de ver la verdad. Alabar con verdad es cuando alabamos a los Santos beatificados por la Iglesia. Esto lo quiere Dios y es muy de su agrado. Pero alabar a los que entre nosotros viven, porque les veamos favorecidos de Dios, esta alabanza no es dada según verdad. Porque si se quiere alabar lo que se ve bueno en uno, alábase a Dios, que es el que se lo da y no se alaba a aquel a quien se lo dan. En esto hemos de hacer lo que hacemos cuando vemos a un pobre vestido por la caridad de un rico; que luego los unos y los otros decimos cuando al pobre le vemos: Mira, ese traje y todo lo que lleva ese pobre se lo dio don Fulano, y nombramos a ese caritativo. Y con esto hacemos una cosa, según verdad. Porque si en lugar de alabar al que se lo dio alabamos al que lo recibió, si nos lo oye una persona de buena inteligencia y sensata, nos diría, y con sobrada razón: ¿Por qué no alabas al que se lo ha dado y no al pobre que lo ha recibido? ¿No ves que eso no está bien y, por tanto, no se debe hacer?

Tampoco nos hemos de angustiar cuando nos vituperan, ni hemos de desea que nos alaben, porque tampoco en ello hay verdad. Ver a uno hacer una cosa que está bien hecha y es razonable que así lo haga, y que al que lo hace le alabamos y le tenemos por santo Sepamos todos que con esta alabanza hacemos el oficio de Satanás. Y es que todos los hijos de Adán tenemos una tendencia a la vanidad, como natural en nosotros, que todos hemos de hacer lo que podamos por arrancarla. Y que esto es verdad, vedlo en todos; alabad a uno, nunca por ello se pierde la amistad. Decid a uno lo que decimos a un enfermo: mira que no estás bien; te he notado esto y esto, que son síntomas de enfermedad; él no se resiente, pero decirle que tiene tal y tal defecto, veréis si pierde o no la amistad. ¿Qué es esto sino efecto de la vanidad que reina en nosotros?

Pues ni alabemos ni queramos ser alabados, y habremos dado un paso por el camino de la verdad. Y si queréis alabar, alabad a Dios, que es el que nos da cuanto de bueno tenemos, y con esto habremos hecho una cosa muy del agrado del Espíritu. Así sea.

DÉCIMO DÍA

(Sábado de la VII Semana de Pascua)

Consideración

En entrando el alma en esta escuela divina, donde el Maestro que enseña es el Espíritu Santo, si el alma pone en práctica todo cuanto aquí la enseña, no es andar ni es correr ni volar; es ir camino de la santidad con la ligereza y prontitud con que va a todas partes nuestro pensamiento.

En esta escuela, abierta por el Espíritu Santo en el centro de nuestra alma, se aprende una ciencia sobre toda ciencia humana. Los libros de esta escuela son dos: el primero que damos nosotros tiene dos

partes. Se llama este libro la humanidad de nuestro adorable Redentor. La primera parte toda ella contiene los hechos externos de Jesucristo, divino Redentor nuestro. Esta primera parte de este libro se estudia hasta que con el continuado estudio queda en nuestra memoria como un dibujo, y esto es para que siempre y en todas partes andemos en su presencia, y con esto que logremos nos dice nuestro Maestro que nos basta.

La segunda parte de él contiene la práctica de su contenido. En la práctica cada uno lo ha de hacer según sus fuerzas y según su capacidad; porque en esta escuela, aunque todos hemos de practicar las mismas cosas, como nuestro Maestro es tan prudente y discreto, tan compasivo y misericordioso, que nunca nos exige más de lo que cada uno puede, quiere que pongamos los ojos en el libro que El nos da y cada uno haga allí lo que en el libro vea.

Porque esta humanidad santísima de nuestro Redentor, aunque para todos es el libro abierto que ha de comprender y practicar, pero este Maestro inolvidable nos enseña y dice que también es el gran arquitecto, que dibuja y traza y levanta los edificios muy distintamente los unos de los otros. En todos pone los mismos cimientos y emplea los mismos materiales; pero en su modo de levantarlos hay inmensa variedad. Porque mientras a unos los levanta poniendo en ellos un solo piso, a otros con dos, a otros con más, y a algunos los levanta a grande altura, y a otros les pinta y hermosea por dentro, dejándolos muy lisos por fuera; a otros los hermosea por fuera como por dentro; a otros los levanta en sitios donde no son conocidos ni vistos de nadie; a otros los pone para que de todos sean vistos y conocidos.

En fin, todo lo hace como su grande sabiduría lo traza, lo quiere y dispone. Lo que quiere es que cuando veamos a uno de los discípulos de esta escuela que le levanta Dios a grande altura y a nosotros nos deja, que le ayudemos a dar gracias a Dios, porque se digna fijar en él su mirada y no cesemos de dar gracias por ello, pero jamás a la criatura la ensalcemos ni alabemos, porque nosotros no podemos saber si merece alabanza por lo que tiene o merece desprecio por lo que hace. Porque al ver la disposición en que se hallan el corazón y el alma, que es lo que Dios mira y por lo único que se disgusta o complace, esto no lo podemos nosotros ver, porque en el corazón y en el alma, ¿quién puede entrar si no es Dios? Nadie más que Dios.

Cada uno en sí mismo vea lo que a Dios Le agrada y lo que Le disgusta. Pongamos nuestros ojos en ver el interior de Jesucristo, para ver la disposición de aquella alma bendita y de aquel corazón amante, cómo obraban y el fin que llevaban en todas sus acciones, para nosotros hacerlo por los mismos fines que Dios hecho hombre obraba. Y esto muy bien se ve y se aprende en esta segunda parte del libro, que es en lo que nosotros hemos de insistir únicamente.

El segundo libro que hay en esta escuela está sólo a la disposición de nuestro Maestro. No nos lo explica, porque este libro, todo lo que él contiene, está sobre todo el entender de toda inteligencia humana. Y para que tengamos una idea clara y verdadera de lo incomprensible que este libro es, ¿qué hace? Como es tan sabio, tan poderoso y sutil para enseñar, cuando estamos ya al final de la práctica de la segunda parte del libro primero, queriendo como premiar nuestro esmero en poner en práctica cuanto hemos visto en él, ¿qué hace entonces? Nos habla y nos dice que aquel libro tan sobre nuestro entender tiene por título “Divina Esencia, Dios”, y al punto se siente el alma con todas sus potencias que no es ella, sino con una fuerza superior que no sabe ella qué es, pero que la arrebató su alma y sus potencias.

Y la arrebató sobre todo lo criado, no sólo de la tierra, sino de lo que llaman firmamento y nosotros llamamos Cielo, casa o palacio, o cielo, como lo quieran llamar, donde Dios puso a los ángeles cuando los crió. Pues sobre estos cielos, allá... en inmensas y dilatadas alturas, fue arrebatada mi alma por una fuerza misteriosa y con tanta sutileza, que así como nuestro pensamiento, en menos tiempo de abrir y cerrar los ojos, recorre de un confín a otro confín, allí con esa mayor ligereza yo me veía allá, en aquellas inmensas y dilatadas alturas, y allí donde tienen Dios su palacio imperial, me hallé; en aquellos cielos que siempre existieron, por ser ellos como el trono de Dios...

Lo que allí hay, ¿quién lo podrá explicar, si arrebatada el alma, a vista de aquellas bellezas, nada sabe decir? Todos cuantos allí están gozando de Dios se ven, se miran, se dan el parabién los unos a los otros. Allí no hay palabra alguna que se oiga pronunciar. ¡Oh lenguaje divino!, que mirándose en Dios, todos se entienden, y arrebatados todos, todos glorifican a Dios, y corriendo aquellos cielos tan dilatados con aquella agilidad con que se les ve siempre y siempre están todos como en el centro de Dios metidos, vayan donde vayan, recorran lo que quieran. Siempre se hallan en el centro de Dios y siempre arrebatados con su divina hermosura y belleza. Porque Dios es océano inmenso de maravillas y también como esencia que se derrama, y siempre está derramando. Y como lo que se derrama son las grandezas y hermosuras, dichas, felicidades y cuanto en Dios se encierra, siempre el alma está como nadando en aquellas dichas, felicidades y glorias que Dios brota de Sí.

Es Dios cielo dilatado y por eso siempre se están viendo y gozando nuevos cielos, con inconcebibles bellezas y hermosuras, y todas estas bellezas y hermosuras siempre las ve y las goza el alma como en el centro de Dios. Y recorriendo aquellos anchurosos cielos nuevos siempre el alma se halla eternamente feliz. ¿Oh, quién podrá decir qué es aquello?

Si los querubines vinieran todos a la tierra, y con aquella inteligencia tan privilegiada que Dios les ha dado, y con el ardiente deseo que todos ellos tienen, de que Dios sea conocido en sus obras, empezaran a hablar, nada nos sabrían decir ni darnos siquiera idea de lo que aquello es. De nuestro Dios, ¿quién habrá que nos pueda hablar y decir algo? No tiene cuerpo, ni forma, ni figura alguna. ¿Quién, por lo tanto, nos podrá decir cómo es Dios? ¿Qué cuerpo, forma o figura tiene la perfección de todas las perfecciones, la perfección de todas las hermosuras, si ni de las cosas que vemos y palpamos casi no podemos dar cuenta? Si no, decidme: ¿Qué forma tiene la claridad? Y ¿qué la aurora de la mañana? Y ¿qué la vida nuestra? ¿Y la de todas las flores, plantas y de todo cuanto tiene vida?

¡Oh vida que siempre viviste! ¡Única vida que vive! ¡Oh Dios mío y todo mío! ¿Quién habrá que nos pueda hablar de Ti y decirnos lo que eres? Si el que Te ve queda arrebatado y olvidado de sí, no sabe si vive en sí, porque el solo recordarte transporta y saca de sí, ¿quién podrá decirnos algo de Ti? ¡Oh!, ¿a qué compararse el conocimiento de Dios que se adquiere en esta escuela divina y el que tenemos antes de entrar en ella? No hallo otra comparación si no es la del ciego de nacimiento, que sabiendo lo que es la naturaleza por lo que han dicho, de repente le quitaron su ceguera y viera la naturaleza tal cual ella es. ¡Qué bien sabría decirnos la diferencia que hay entre lo que le habían dicho y lo que ella es!

Pues, ¡Maestro mío!, tráenos a todos a tu escuela, para que, como el ciego, veamos lo que Tú eres, porque nadie nos lo puede decir. ¿Cómo va con palabras a poderos decir la criatura que de su principio es la nada? ¿Cómo va a poder saber decirnos qué cosa es, lo que es, siendo incomprendible por su grandeza y majestad inmensa? No hay inteligencia humana ni angélica, por dilatada que sea, que nos lo pueda decir,

porque toda dilación que no sea lo dilatado de Dios, todo tiene su término, y llegando a su término, de allí no pasa. ¿Quién nos va a hablar de Dios y decirnos lo que es? Nadie, nadie, ni del cielo ni de la tierra. Es foco de eterna luz, que encierra inmensos fulgores; manantial de perfecciones que encierra toda virtud. Cada una de sus infinitas perfecciones tiene su modo de ser, y por naturaleza es infinita en hermosura y belleza, tan arrebatadora, que el que la ve se arrebatada y queda como enajenado y absorbido en la misma belleza y hermosura, y se siente el transmitir de aquella hermosura y belleza, y al sentirlo, nuevamente se siente enajenado, absorto y arrebatado por una dicha y felicidad, que siente el alma en sí misma. Y esta dicha y felicidad las ha sentido a la vista de una de las perfecciones de Dios. Pues, ¿qué sentirá a la vista de todas las perfecciones y virtudes y atributos de Dios? Y ¿qué será verse cada uno amado de Dios ante todos los ángeles y ante todos los hombres, con un amor como es el amor de Dios, que deja el alma embriagada en una felicidad, que no tiene semejanza, que llena de hartura, sin que el alma tenga cosa alguna que desear? Que al alma y cuerpo aquel amor de Dios da hartura en toda clase de felicidades, dichas y glorias, sin que este amor de Dios disminuya ni deje de amarnos por los siglos sin fin.

¿Qué sentirá entonces el alma, cuando se vea tan amada para siempre, de aquel que es la única cosa que es? Y ¿quién nos podrá explicar o decir lo que el alma siente a la sola vista de Dios, cuando de sólo verle se queda el alma toda como anegada en aquellos piélagos inmensos, mares sin fondo, cielos que no tienen fin en lo inmenso y dilatado? Porque todo esto encierra en sí aquella Esencia Divina. Pues ¿quién habrá que nos pueda decir lo que es Dios, si lo que se siente al sólo verle, nadie lo puede decir, porque se queda el alma sin vivir en sí y vive sólo en Dios y endiosada? Y así, ¿qué nos podrá decir, si endiosada su vivir es absorto y enajenada y arrebatada por la hartura de todas las felicidades? Pues ¿cómo va a poder decir lo que es Dios? ¿Quién hay que arrebatado pueda articular palabra, y aunque pudiera, cómo va a saber decir lo que está sobre todo entender? Y si esto produce la vista de Dios, ¿qué será lo que sentirá el alma, cuando se dé Dios al alma en posesión, para que Él goce y goce para siempre? Y si estos efectos causa en quien Le ve, ¿qué gozará poseyéndole? ¿Qué será Dios en Sí mismo?

¡Oh grandeza suma! ¡Vida que siempre viviste y con tu propia vida! Porque Tú eres el que has dado a todos la vida. ¡Oh, quién me diera poder tener ahora en esta presente vida un infinito gozo para gozarme con él de que seas quien eres! ¡Oh, y que los hombres nieguen tu existencia, siendo Tú la única cosa que es y vive con propia vida! ¡Oh mi todo en todas las cosas! Habla, y déjate sentir de un confín a otro confín de la tierra, y di a todas las criaturas que para nada nos necesitas; que si nos deseas, no es con otro fin que el de remediar nuestras necesidades, y sacarnos de nuestra poquedad y miseria, y darnos la dicha y felicidad que buscamos y no hallamos, ni lal podemos hallar; porque no existe sino en Ti, que eres fuente y manantial de toda dicha y ventura. ¿Y cómo la van a buscar en Ti, si en Ti no creen; si niegan tu existencia?

¡Oh Santo y Divino Espíritu! Ven; desciende a la tierra y hiere a todos como Tú sabes herir, para que así, heridos por Ti, no resistan más tiempo a tus llamamientos divinos y dejen esas niñerías en que están entretenidos, engaño satánico con que Satanás gana los corazones de los hombres, y seducidos y engañados, pasen la vida con niñerías distraídos, y así los coja la muerte y pierdan el fin para el cual fueron criados.

¡Santo y Divino Espíritu! No nos dejes en nuestros vanos entretenimientos. Fuérganos a ir a Ti con el poder que tienes como Dios que eres. Haz que en todos se cumplan tus amorosos designios, y seas de todos alabado, ensalzado, glorificado, y nosotros gocemos de tus bondades divinas y todos en tu divina

presencia endiosados por Ti vivamos por los siglos sin fin como Vos lo deseabais, aun antes de nosotros existir. Así sea.

Obsequio al Espíritu Santo

Las tres virtudes teologales

Hemos de prometer este día al Espíritu Santo el guardar, conservar y trabajar cuanto nos sea posible, porque nadie nos puede arrebatar estas virtudes Divinas.

Entre las criaturas ninguna sabe, como lo sabe Satanás, lo que valen estas virtudes. Siempre anda como cazador, sin descanso en su busca, a ver si las puede cazar. Cuando él se gloría mucho con la caza que coge, es cuando lo hace por las soledades, porque anda en acecho por la soledad. Si hace presa, seguras tiene las tres. Pone como blanco la fe, y como ésta hiera, seguras tiene las otras dos; porque las heridas en la fe son de muerte. Si hiere con su flecha infernal a la esperanza o a la caridad, no se gloría tanto con su caza; porque estas heridas sanan pronto. Pero si hiere en la fe, como esta herida es mortal, ¡cuánto se regocija en ello!

Estas virtudes forman las tres como un solo árbol. La raíz y el tronco, es la fe; las ramas, son la esperanza; los frutos, la caridad. Si cortan las ramas, con su corte queda el árbol sin ellas y sin fruto; pero el árbol no desaparece, porque como existe la raíz y el tronco, pronto echa otra vez las ramas y éstas vuelven a dar frutos. Pero si lo que quitan del árbol es el tronco o la raíz, pierde las ramas y los frutos de ellas, el árbol desaparece; porque quitados el tronco y la raíz, las ramas y los frutos mueren.

¡Almas consagradas a Dios en las soledades del claustro, que tanto aprecio y estima hacéis de lo que llamáis visiones y revelaciones! Haced más aprecio y estima de un acto de fe, que de todas las visiones y revelaciones; creed ciegamente las que Dios tiene reveladas a su Iglesia, y las que la Iglesia aprueba, y ninguna más. Y con esto habremos dado un grandísimo consuelo al Espíritu Santo. Así sea.

DEDICATORIA A LAS ALMAS CONSAGRADAS AL SERVICIO DEL SEÑOR

Recibid este pequeño Decenario, como una manifestación del aprecio y estima en que os tengo. Y os aprecio y estimo tanto, porque sois la porción escogida de Jesucristo, divino Redentor nuestro. Animaos a entrar en esta escuela divina, donde nos enseñan a vivir como hijos de tan Santo Padre, como esposas de tan dulce Dueño y cómo debemos obrar los discípulos de tan Santo e inolvidable Maestro.

¡Oh lo que esta Trinidad augusta nos tiene ya preparado para el día que vayamos a aquella casa paterna a la celebración de nuestras bodas, cuya fiesta ha de durar por los siglos sin fin! Recibid el cordial afecto que os tengo en el Padre que nos crió, en el Divino Verbo que nos redimió y en el Espíritu Santo, nuestro Santificador, a cuya Trinidad augusta sea dada toda alabanza, todo honor y toda gloria por los siglos sin fin. Así sea.

PREMIOS DE ESTA ESCUELA DE LA DEVOCIÓN AL ESPÍRITU SANTO

No merecidos, sino dados por pura bondad de nuestro inolvidable Maestro, el Espíritu Santo. Son dados a las potencias de nuestra alma; mas todo nuestro ser siente la grande dicha que traen consigo estos premios, porque son recreo y placer al cuerpo, y al alma un cielo anticipado.

Premios a la memoria

Traslados que la hacen ir sin poner esta potencia trabajo alguno a Belén, a Egipto, a Jerusalén, siguiendo a Jesucristo en su vida pública, al Tabor en la transfiguración, al huerto de los olivos, al pretorio, por las calles de Jerusalén, al Calvario, vista amorosa de nuestro adorable Redentor, etc., etc.

Premios al entendimiento

Conocimiento de la Divina Esencia y de sus Tres Divinas Personas; acomodado este conocimiento a la capacidad de la inteligencia humana.

Conocimiento de la creación, del ángel y del hombre; de la rebelión, desobediencia y castigos; de la Encarnación del Divino Verbo, etc., etc.

Premios a la voluntad

Osculos del más apasionado y fino de los amantes. Dardos de amor Divino; heridas en el alma; transformación del alma en Dios; delectación la más tierna y amorosa, a la manera que lo es un niño que estando en los brazos de su madre en el más dulce reposo, al mismo tiempo que reposa es alimentado con leche; así lo es aquí el alma, con sabiduría y ciencia y posesión que hace en el alma toda la Santísima Trinidad.

*Mil vidas si las tuviera daría por poseerte,
y mil... y mil... más yo diera...
por amarte si pudiera...
con ese amor puro y fuerte
con que Tú, siendo quien eres...
nos amas continuamente.*

Se terminó de diagramar y corregir el
22 de mayo de 2021,
en las Vísperas de la Solemnidad de Pentecostés
en el Año Jubilar de San José



Libro virtual gratuito

Realizado con el fin de difundir la devoción al Espíritu Santo revelada la mística Francisca Javiera del Valle

Algunas consideraciones sobre la presente edición.

La presente edición es fiel en la totalidad de los textos de las “Consideraciones” y “Obsequios” a la redacción original con leves correcciones para su mayor comprensión.

Las oraciones y letanías al Espíritu Santo fueron corregidas únicamente en los términos idiomáticos al español latinoamericano con el fin de ayudar a poder rezarlas con mayor fluidez.